

FRONTERAS DE LA FILOSOFÍA SOCIAL Y DE LA POLÍTICA ECONÓMICA*

Wilhelm Röpke

Vuelvo de nuevo al trascendental tema de la inflación, con plena conciencia de su extraordinaria importancia, pasando a citar a continuación algo que me aconteció hace unos años. Por un mismo tiempo me llegaron casualmente dos explicaciones, referentes ambas al dinero, pero que llegaban a conclusiones totalmente diferentes y de hecho tan irreconciliables, que sólo podían ser explicadas a través de dos órdenes de filosofía social totalmente opuestos. Una de ellas procedía de Estados Unidos, de un extraordinario crítico en cuestiones económicas, y el título planteaba ya la excitante cuestión: “¿Inflación o libertad?” Se trataba de una de aquellas tempranas advertencias acerca del peligro de la inflación progresiva, que hoy ha de reconocer todo el mundo como algo más que justificado. El autor llegó a la conclusión de que un pueblo sólo puede conservar su libertad con auxilio de un dinero sano, pero que en la moderna democracia de masas no podía seguir subsistiendo un sistema monetario si quedaba a merced del gobierno, del Parlamento, de los partidos y de los poderosos grupos de intereses, sin estar dotado de las contrafuerzas suficientes. Pocos días después trajo la prensa la noticia de que un destacado profesor universitario, de tendencia marcadamente socialista, había criticado duramente la “funesta política deflacionista”

* Permiso para reproducir en *Libertas* otorgado por Fundación Villalonga, Madrid, 1958.

del banco del estado alemán, habiendo unido a esto la demanda de que "el medio democrático de dirección económica, o sea el dinero y el crédito, pasase a manos de la democracia".

No cabe la menor duda de que difícilmente mantendría hoy el citado socialista lo que tan apasionadamente defendía entonces, mientras que el americano tiene motivo más que sobrado para confirmar su advertencia con el mayor énfasis. Esto demuestra que el socialista sufrió un error de tipo político-económico, mientras que a su contrincante le asistía toda la razón. La presión inflacionista que él temía se ha convertido entretanto en algo tan palpable, que hasta el socialista lo ha de supeditar todo a la necesidad de poner un dique a esta presión.

Pero no es esto lo que nos interesa ahora. Lo que nos ocupa aquí es la brusquedad e irreconciliabilidad con las que tropezaron, una contra otra, dos opiniones concernientes a una de las más trascendentales cuestiones de la ordenación económica y social. Se trataba de dos principios que chocaban, y entre los cuales difícilmente podía hallarse una fórmula de compromiso. Bien es bueno y deseable que la política monetaria y crediticia sea accionada, como si se tratara de un interruptor central, por el gobierno, que depende directamente de una mayoría parlamentaria o, peor aun, de un grupo extraparlamentario que se califica a sí mismo de representante de la opinión pública, o bien es bueno y deseable que se contrarreste tal dependencia, tal "monolitismo". Bien es sabio y acertado depositar todos los huevos en una cesta, o no lo es. Y no cabe ya la menor duda de que aquel que se decida por el primer procedimiento y lo haga además por una preocupación totalmente inoportuna, como hoy sabemos que es, pero muy característica en cambio, por un curso "deflacionista" del banco del estado, revela con ello su profunda convicción político-social, lo mismo que el otro que elige el segundo revela la opuesta.

Dicho con otras palabras: nos hallamos aquí ante un caso que nos deja percibir las grandes fronteras de la filosofía social y de la política económica. Nos enseña cuán importante es dejarlas aparecer tras las luchas y diferencias de criterio de la política cotidiana. Cuanto más consigamos esto, tanto más podemos confiar en comprender mejor el sentido de estas diferencias y, al mismo tiempo, en atribuir su conflicto a la contraposición, honrada y conocida de todos, de convicciones fundamentales. No es el menor beneficio de tal empresa el que nos incita sinceramente a ese examen y a adoptar nuestra propia de-

terminación. ¿Qué somos en realidad? ¿Liberales? ¿Conservadores? ¿Socialistas? Y si somos una u otra cosa, ¿por qué lo somos y a dónde nos conduce ello?

El ejemplo del cual hemos partido recomienda que comencemos por un antagonismo que no es, desde luego, el más importante, pero que, sin embargo, está íntimamente ligado con otros antagonismos más profundos. Podríamos decir, ciertamente, que un hombre a quien, según su tendencia, podríamos calificar de *inflacionista*, se halla en contraposición a otro, el cual, dada su tendencia, puede ser denominado *deflacionista*. Esto no carece de fundamento, puesto que, evidentemente, cada uno de nosotros prefiere la inflación a la deflación o viceversa, o, expresado de otra forma, teme más a la inflación que a la deflación o a la inversa, o, dicho aun de otra forma, reconoce más rápidamente el peligro de una inflación o el de una deflación. Qué tendencia es la que prevalece en el ánimo del autor de este trabajo, es algo que estará claro para el lector. Ésta queda expresada ya por el hecho de que el autor discute el derecho a denominar deflacionista a alguien en el mismo sentido que se denomina inflacionista a otro, y esto por existir entre inflación y deflación una asimetría que nos es bien conocida ya. Precisamente porque la inflación es un veneno (cuyo primer efecto es agradable) que produce posteriormente su efecto destructivo, mientras que la deflación es un proceso unido desde un principio a inconvenientes generales, es posible desear la inflación, resignándose a aceptar la deflación únicamente como mal menor. Existe por ello inflacionismo en el sentido de una inclinación no sólo a defender la inflación, sino también a anhelarla, y constituye una de las más poderosas y antiguas corrientes de la historia. Pero difícilmente podría hallarse un deflacionismo del cual pudiese decirse lo mismo.

Considerar detenidamente este inflacionismo y este deflacionismo e investigar sus motivos es una tarea tan interesante como no superada hasta la fecha. Aunque no queramos citar más que algunos de los más importantes elementos, tropezamos en el caso del inflacionismo, por de pronto, con una exagerada preferencia por el crecimiento constante, por las cifras crecientes (incluyendo la de habitantes), por el progreso cuantitativo; en pocas palabras: por la inclinación a hacer grandes sacrificios en pro de la expansión. Tal *expansionismo*, que, como Fausto, quería ver un "hormiguero", y abrir "espacio para muchos millones", que se regocija ante las curvas que presenta un ascenso rápido, aceptando a cambio la curva descendente del valor del dinero,

o que se halla peligrosamente inclinado a ello, trae consigo otras muchas cosas: está dispuesto a sacrificar el presente al lejano futuro, si es preciso, diciendo con el siglo XVIII “Après nous le déluge”, o más modernamente, con Keynes, “In the long run, we are all dead”. No reconoce las preciosas reservas de la sociedad, que no deben ser avivadas en el recipiente del crecimiento, y entre las cuales se halla, como una de las más valiosas, al respeto al dinero y la intocabilidad de su valor. Se muestra contrario a todo lo burgués, al acreedor, al rentista, para el cual desea en el mejor caso, como Keynes, una muerte dulce. El expansionismo es futurista, optimista y otras muchas cosas más, mientras que el “deflacionista” o, como preferiríamos decir, el antiinflacionista es lo contrario de todo esto.

Pero nos interesa mucho ampliar este antagonismo entre inflacionismo y antiinflacionismo y convertirlo en otro más general, para tener así una visión más amplia sobre un gran antagonismo definitivo de dos filosofías sociales y de dos orientaciones de la política económica. Es el antagonismo que existe entre una forma de pensar “izquierda” y otra “derecha”, entre una inclinación al “progresismo”, del cual hablé detenidamente en mi libro *Mass und Mitte*, y otra hacia lo que podríamos denominar el “conservadurismo”, si no estuviese relacionado ya este concepto, en la mayoría de los países del mundo occidental, con asociaciones poco deseables.

Para encontrar el paso de nuestro ejemplo a esta gran divisoria general, traeremos de nuevo a la memoria que el desafortunado socialista de quien hablábamos antes como expansionista o inflacionista, consideraba la independencia del banco del estado como una gran contrariedad, habiendo exigido su sometimiento a la voluntad de la “democracia”. En cambio, para el citado americano está fuera de toda duda que, puesto que la inflación constituye un peligro siempre acechante y muy inminente hoy en día, ha de ponerse un dique al dominio de los gobiernos sobre el dinero. Puesto que se abolió el sistema monetario del oro; cuya esencia consistía precisamente *en esto*, ha quedado como último dique la independencia del banco del estado, que ha de ser defendida a capa y espada. Uno de ellos quiere concentrar en el gobierno la responsabilidad del dinero y “politizarla”. El otro persigue la distribución del poder, la estructuración, un sistema de pesos y contrapesos, una descentralización y, con ello, una “despolitización” del dinero.

Al hablar el primero de la necesidad de dejar el “medio democrático

de dirección económica” del dinero al arbitrio único del gobierno y seguir un plan universal a fin de que pueda llevar una política económica que se estima “progresiva”, garantizando el “pleno empleo” y con ello el poder de los sindicatos, y dirigiendo entonces el proceso económico según el deseo del “pueblo”, pone de manifiesto una determinada filosofía social diametralmente opuesta a la de su oponente americano. Es también a este respecto el tipo de hombre que, al igual que los jacobinos de la Revolución Francesa y que todos sus muchos herederos espirituales, no ve el ideal de la democracia en un estado bien estructurado y en el equilibrio de las fuerzas que con ello se delimitan mutuamente. Lo ve, en cambio, en la centralización del poder, que no conoce fundamentalmente fronteras y que puede llevarse a cabo con tantas menos trabas cuanto más se auxilia de la ficción de hacerse en nombre del pueblo. Extraña y hasta escandalosa le resulta a este jacobino la idea de que sólo puede favorecer a la democracia por medio de su fragmentación, en tanto nos interesa más para la libertad de los pueblos que para su imaginario “poder” —para hablar con Montesquieu (*Esprit des Lois*, libro XI, capítulo II)—, si pueden ser limitados el error y el abuso de la fuerza (sea su origen el que fuere). Si mira con desconfianza un billete de banco que todavía no se ha convertido en miembro voluntario del poder estatal centralizado, sigue siendo el “eterno jacobino”, para el que cada partícula de independencia, autonomía y vida propia —desde el mercado libre hasta la comunidad libre, la escuela privada, la radio independiente e incluso la familia— es una espina que lleva clavada en el ojo.¹ Todos los bancos de emisión medianamente independientes,

¹ Oigamos a este respecto a uno de estos jacobinos: “*Nous proscrivons l'esprit de localité départemental ou communal; nous trouvons odieux et contraire à tous les principes que, parmi les municipalités, les unes soient riches et les autres pauvres, que l'une ait des patrimoines immenses, et l'autre seulement des dettes*” (*Mémoires de Carnot*, I, p. 278, según H. Taine, *La révolution*, III, p. 107). “*Nous ne voulons plus d'intérêts, souvenirs, idiomes et patriotismes locaux. Entre les individus, il ne doit subsister qu'un lien*”; así explica Taine acertadamente esta ideología jacobinista, “*celui qui les attache au corps social; tous les autres, nous les brisons; nous ne souffrons pas d'agrégat particulier; nous defaisons de notre mieux le plus tenace de tous, la famille*”. No es ninguna casualidad que este mismo Carnot se haya convertido en el creador de los ejércitos de masas, fundamentados en la tarea general de defensa, habiendo creado así una institución que origina, como pocas, centralismo y aglomeración de poder, habiendo conducido hacia el moderno *Minotaurus* (B. de Jouvenel, *Pouvoir, histoire naturelle de sa croissance*, p. 11, Ginebra, 1945). Que una democracia inspirada en el mito jacobinista

lo mismo que las cajas de pensiones o lo que sea, son, por decirlo así, empleando de nuevo una expresión utilizada ya, otras tantas Bastillas que deben ser asaltadas y demolidas.

Cada vez se ve con mayor claridad que nos hallamos aquí ante dos matices de pensamiento social, a los cuales pueden atribuirse, sin la menor violencia, los antagonismos que se manifiestan en cada detalle. Parece como si hubiésemos alcanzado la altura del puerto, desde donde podemos mirar, hasta gran distancia, en las dos direcciones opuestas, hacia uno y otro valle. Aquí es donde difieren los espíritus. Unos se sienten atraídos por la colectividad; otros, por los miembros que la componen. Unos observan la estructura de la sociedad más bien de arriba abajo; los otros, a la inversa. Unos buscan seguridad, felicidad y llenar la vida antes, supeditando a los pequeños círculos, comenzando por el individuo, bajo la comunidad organizada consciente y rígidamente, que, considerada desde este punto de vista, aparece como algo mucho más simpático cuanto mayor es, mientras los otros la buscan en la vida y en la responsabilidad propias de los pequeños círculos. He aquí un antagonismo muy parecido al que existe entre una forma de pensar que tiene una curiosa predilección por todo lo inventado, lo fabricado, lo organizado y lo construido artificialmente, por el tablero de dibujo, la fotocopia y la regla, y otra que da la preferencia a lo que se ha dado y ha crecido naturalmente, ha sido legitimado por el tiempo, es espontáneo, se regula y continúa por sí mismo, y abarca los largos espacios de tiempo. Con éste se relaciona el antagonismo existente entre aquellos que —por creer en la posibilidad de reconstruir la sociedad y la economía desde arriba y sin la menor consideración hacia el fino entretejimiento de lo creado, así como en la posibilidad de un radical volver a empezar— son reformadores radicales, impregnados de un optimismo que parece imposible de destruir por fracaso alguno, y los otros que, escudándose en el sentido histórico y convencidos de la sensibilidad del tejido

de la “soberanía del pueblo” (y no en la idea liberal del control del gobierno por parte de los gobernados), evoluciona por necesidad hacia el “despotismo democrático” centralizado, debería ser reconocido hoy por todos, pero también debería aprenderse a estar muy despiertos para ver la filosofía social que se oculta detrás, tantas veces como se habla con desconsiderada animadversión del federalismo, de los pequeños estados o de las pequeñas empresas. Deberíamos acostumbrarnos a ver en esta forma de hablar, que se ha convertido en moda entre los “progresistas”, no otra cosa que la rendija que nos descubre un interior, cuyo estilo es de la época napoleónico-jacobinista.

social contra cualquier ataque, están invadidos de una profunda desconfianza contra cualquier optimista espíritu de reforma y no creen en cruzadas por ninguna “nueva Jerusalén”. Mantienen el principio de Burke, el cual dice que el verdadero hombre de estado ha de unir la capacidad de reforma al deseo de la cuidadosa conservación.

Antes de proseguir con la catalogación de los dos tipos de pensamiento social, hemos de confesar que, si bien sentimos la necesidad de encuadrarlos adecuadamente, nos hallamos en un auténtico atolladero. Después de haber intentado hacer la distinción, como orientación transitoria, mediante los conceptos de “progresismo” y “conservadurismo”, hubimos de reconocer inmediatamente que este intento fracasaba, sobre todo, porque —al menos en el continente europeo— el nombre de “conservadurismo” se ha convertido en un apelativo casi imposible de emplear. En el mejor de los casos había que aceptar muchos matices y estar expuestos, a pesar de todo, a desagradables confusiones. La cosa no mejora mucho empleando los vocablos “individualismo” y “colectivismo”, que desembocan en ambos lados hacia una cierta exageración. “Liberalismo” y “socialismo” no son tampoco los calificativos adecuados. Se han convertido en vocablos políticos, pero precisamente por eso —por su desgaste, que los hace poco claros, así como por sus muchos matices y asociaciones— no son apropiados para la finalidad que perseguimos, máxime cuando su significado difiere en casi todos los países.² Lo que precisamos es

² *Liberalismo*: Qué significados tan dispares encierra en sí este vocablo, queda bien patente en lo siguiente. En Suiza se denominan liberales, partidos tan conservadores, como Jacob Burckhardt y Alexandre Vinet pueden ser calificados a la vez de conservadores y liberales. Liberal es la idea suiza del estado y liberales se denominan aquellos que se defienden actualmente de las tendencias colectivistas. Liberales son en Italia, por una parte, los conservadores antiestatales y, por otra, los progresistas anticlericales, que no querrían perder su conexión con la izquierda costase lo que costare. Liberal es la política económica del gobierno alemán, pero es sustentada principalmente por un partido que se llama “cristiano-demócrata”. Todos estos conceptos pueden ser comparados a un instrumento musical, afinado según una determinada escala de tonos: todos sus tonos, desde los más bajos hasta los más altos, caen dentro del margen de tonos de otro instrumento, como la viola dentro del violín; sin embargo, cada instrumento nos produce la idea de un cierto tono medio que lo caracteriza. El concepto “liberalismo” también tiene en Europa una amplitud muy considerable dentro de la cual varía su significado, y lo mismo puede decirse de la forma en que es empleado este concepto en Estados Unidos, con la única diferencia de que en América la escala de tonos presenta un matiz inclinado hacia la izquierda. Existen tonos extremos contenidos en ambas variantes del “liberalismo”, pero la significación “media” de la americana y la europea difieren tanto,

una terminología que no sólo ha de ser nueva, no agotada ni tarada, sino que destaque al mismo tiempo algunos de los aspectos más importantes del gran antagonismo, si bien no podemos aspirar, desde luego, a reflejar todos ellos. Las consideraciones del presente trabajo creemos habrán hecho comprensible que una buena solución sería denominar a los Montescos y Capuletos de nuestro drama, centralistas y descentralistas.

De hecho nos hallamos aquí ante dos principios opuestos, que determinan decisivamente todas las esferas de la vida social y política: administración, economía, cultura, forma de vivir, técnica y organización, imprimiéndoles un carácter o el otro. Si tomamos ambos conceptos en un sentido suficientemente amplio, agotando completamente su contenido, nos será posible descubrir en ellos aquellos principios que tal vez expresan el más generalizado antagonismo del pensamiento filosófico social. La cuestión de si el ideal lo constituye la centralización o la descentralización, si consideramos como primario al individuo y a los pequeños círculos o a lo colectivo, o sea al estado, a la nación, a los organismos centrales, hasta llegar al soñado estado mundial, se convierte en la verdadera divisoria de todas las direcciones y de todos los puntos de partida que hemos contrapuesto anteriormente.³

que significan precisamente lo contrario. El americano capta ante todo los tonos que corresponden en Europa a una octava que podemos calificar de "social-democrática". *New Deal*, fomento de los sindicatos, economía planificada, centralismo, inflacionismo, tributación radical de ingresos y bienes; todo esto y cosas análogas se entienden allí por "liberal", si bien corresponden también a este concepto cosas que denominaríamos igualmente en Europa. La confusión se hace mayor aun por el hecho de usurpar este concepto gentes y movimientos que, en realidad, sólo se diferencian de los comunistas en manifestar que no lo son.

³ En reconocer esto nos ha antecedido nada menos que Proudhon: "*C'est ainsi que le système de centralisation, d'impérialisme, de communisme, d'absolutisme, tous ces mots sont synonymes, découle de l'idéalisme populaire; c'est ainsi que dans le pacte social, conçu à la manière de Rousseau et des jacobins, le citoyen se démet de sa souveraineté, et que la commune, au-dessus de la commune le département et la province, absorbés dans l'autorité centrale, ne sont plus que des agences sous la direction immédiate du ministère [...]. Le Pouvoir envahit tout, s'empare de tout, s'arroe tout à perpétuité, à toujours, à jamais: Guerre et Marine, Administration, Justice, Police, Instruction publique, créations et réparations publiques; Banques, Bourses, Crédit, Assurances, Secours, Espargnes, Bienfaisance; Forêts, Canaux, Rivières; Cultes, Finances, Douanes, Commerce, Agriculture, Industrie, Transports. Sur le tout un Impôt formidable, qui entève à la nation le quart de son produit brut*" (*Du principe fédératif*, p.

Chocan aquí el federalismo y la autoadministración comunal contra el centralismo político. Aquí es donde los amigos del artesanado, del labriego, del nivel medio, de la empresa pequeña, de la propiedad privada ampliamente extendida, del acercamiento a la naturaleza y de las dimensiones humanas en todas partes, se separan de los partidarios de la gran empresa, de lo racional en cuanto a la organización y a la técnica, de las grandes uniones y asociaciones, de la gran ciudad. Aquí se halla el foso, por encima del cual aquellos que creen que lo mejor es la planificación de la economía a través del mercado, de la competencia y de los precios libres, y consideran la descentralización de las determinaciones económicas en millones de productores y consumidores individuales como imprescindible premisa de la libertad, de la justicia y del bienestar, sostienen su eterno diálogo con aquellos otros que prefieren la planificación desde arriba, que ha de ir ligada, por lo tanto, a los medios de la violencia estatal.

El centralizador es al mismo tiempo el racionalista social, con el cual ya tropezamos anteriormente. El individuo es considerado desde sus centrales como algo muy pequeño, convirtiéndose en una cifra estadística, en una piedra de edificación, en una magnitud sometida a ecuaciones; es convertido en algo que se puede "reconstruir": dicho en pocas palabras: se convierte en algo que amenaza escaparse del campo visual. Que él, a cambio de esto, juzga el éxito de sus construcciones y reconstrucciones con gran optimismo, nos es conocido también. El descentralizador, en cambio, al contar con el hombre y conocer y respetar además la historia, es escéptico y hasta pesimista en cuanto se trate de algo que se aparte de la naturaleza humana. De aquí se deriva lo doctrinario del centralista y lo antidoctrinario y antiideológico del descentralista. Éste prefiere atenerse a principios acreditados; se guía más por la jerarquía de los valores y de las normas, por la razón y la sabia meditación, que por las pasiones y los sentimientos; se enraiza fuertemente en las inquebrantables convicciones de las cuales no necesita ya demostración alguna, puesto que considera absurdo no creer en ellas.

Se comprende así que el centralista sea también un *moralista*, un moralista del tipo justo y retórico, que induce a llevar el abuso de las

69, París, 1863). He destacado la última frase para llamar la atención del lector respecto a la clarividencia de Proudhon. Naturalmente, el centralista Marx había de odiar por precisión con toda su alma a este anticentralista.

grandes palabras (libertad, justicia, derechos humanos, etc.) hasta la fraseología; un dechado de virtud, que convierte su moralismo en arma para la lucha política y pretende hacer aparecer a su contrario, más comedido en esto, como moralmente inferior. Puesto que ve las cosas desde muy alto, muy por encima de la realidad del hombre concreto, su moralismo es abstracto e intelectualista. Es el moralismo de aquellas gentes que se creen moralmente mejores que otros por el simple hecho de hacer un uso ilimitado de lo moral y ser muy exigentes, sin preocuparse lo más mínimo de las posibles consecuencias de su consecución. Parecen no poder imaginar que los demás no son peores hombres que ellos por conocer las complicaciones y las dificultades de la ética concreta y práctica, en la que ocurre tan a menudo que quien quiere el bien, crea el mal.

Este moralismo “de izquierdas”, alcanza con mucha frecuencia aquella delimitada etapa en que las palabras amor, libertad y justicia se convierten en tapadera de todo lo contrario, y el moralista, que da normas arrogantemente desde lo alto de su caballo, en hombre intolerante que odia y envidia; el pacifista teórico, en imperialista, si se presenta el caso, y el defensor de la abstracta justicia social, en un ambicioso y ávido de poder. Son moralistas cuya postura dista mucho de la del anticentralista, sobre la cual dice Adalbert Stifter, en *Nachsommer*, a través del padre de su héroe, que el hombre no está aquí ante todo por la sociedad humana, sino por su propia voluntad, “y si todos y cada uno están aquí de la mejor manera por su propia voluntad, también lo están por la sociedad humana”. El autor conoció a una anciana mujer de servicio que había llegado por sí misma a la sabia reflexión —maravillándose de que otros se rompiesen la cabeza por esto— de qué otra cosa mejor podía hacerse sino que cada persona, en el puesto que le había sido asignado, cumpliera su misión sencilla y honradamente. El ideal moral de los centralistas los lleva de hecho muy a menudo a la ambición de convertir el mundo en un lugar donde, volviendo a una cita de Goethe, “cada uno se convierte en el enfermero del otro”, lo cual establece como condición previa la existencia de una organización coercitiva central.

Cuanto más adelantamos analizando las dos formas de pensar, tanto más numerosas son las coordinaciones mutuas que se nos presentan y tanto más indudable aparece que el antagonismo entre centralismo y anticentralismo es en realidad muy amplio. Que el *monopolio* y la *competencia* presentan el antagonismo en la forma más clara dentro

de la esfera económica, es tan evidente para nosotros como que la *economía colectivista* corresponde al ideal de la centralización y la *economía de mercado* al de la descentralización. Aun diremos más: toda intervención económica es una concesión al centralismo hecha alegremente por el centralista, de acuerdo con su ideal, contra la voluntad del anticentralista, que exige una clara justificación de cada concesión y deja la fuerza demostrativa a su defensor, fiel a su principio —señalado por la doctrina católica social como el principio de la subsidiariedad— de situar siempre el centro de gravedad de la sociedad y de la economía hacia abajo, y que dice también que cada acto que tienda hacia la centralización y la elevación del centro de gravedad precisa una fundamentación sólida, que disculpe este apartamiento del ideal anticentralista.

Tampoco puede haber duda alguna en cuanto a la *igualdad* y a la *desigualdad*. La igualdad y la uniformidad están subordinadas al centralismo; la desigualdad, la variedad, la polifonía y la estructuración, al descentralismo. Esto es evidente, y cualquier palabra más que se dijera sobre el particular estaría de sobra. Sin embargo, se presenta un problema cuando nos ocupamos de la forma de igualdad denominada *igualdad de oportunidad* (*equality of opportunity*) o “justicia social” (A. Rüstow). Nos advierte que la vida no es una ecuación carente de resto, y de hecho, si no procedemos con cautela, nos hallamos ante el peligro de que el descentralismo se embrolle, originando un contrasentido que puede hacer que desaparezca por sí mismo. Desde luego, el ideal de la descentralización (que precisamente coincide en este punto con una de las menos discutidas metas del liberalismo) exige que los individuos se midan recíprocamente dentro de la competencia, lo cual lleva aparejada la exigencia de comenzar la carrera desde el mismo punto de partida y bajo las mismas condiciones. ¿Se trata, pues, de una carrera de todos por todo? ¿Una constante búsqueda de mejores oportunidades, se produzcan donde se produzcan; una continua comparación con las oportunidades que se dejaron escapar, y un constante caminar hacia aquellos a quienes se considera los mejores? Esto no puede ser lo que se persigue, ya que evidentemente se trata de un ideal muy peligroso y sumamente desagradable para cualquier anticentralista, aspirar al cual haría infelices a todos. Como ya observó agudamente nuestro principal testigo, Tocqueville, los americanos, en cuyo país se ha tenido en cuenta desde tiempo inmemorial esta *equality of opportunity*

particularmente carente de trabas, habiendo sido muy celebrada, son convertidos, por la incesante caza de la mejor oportunidad, en nerviosos y siempre insatisfechos nómadas.⁴

El símbolo, sumamente impresionante, pero también extraordinariamente espantoso, de tal *carrera de todos por todo*, lo constituye aquella memorable mañana, hace algo más de medio siglo, en la que la región arrebatada a los indios del actual estado de Oklahoma fue abierta para los alegres colonos que se hallaban dispuestos con sus carros en el límite de dicho territorio y los que, tras el disparo de pistola, salieron disparados para competir por los mejores terrenos partiendo de las mismas condiciones iniciales. Debería ser evidente para todo el mundo que lo más insensato y peligroso es convertir a la sociedad en esta constante carrera. Incluso aunque así se hubiese de alcanzar una producción máxima, no merece se pague por ello el precio de una supermovilidad de los hombres, destructora de la cultura, la felicidad y los nervios, una constante peregrinación de aquí allá, de arriba abajo, de lugar en lugar, de profesión en profesión, de una

⁴ "J'ai vu en Amérique les hommes les plus libres et les plus éclairés, placés dans la condition la plus heureuse qui soit au monde; il m'a semblé qu'une sorte de nuage couvrait habituellement leurs traits; ils m'ont paru graves et presque tristes jusque dans leurs plaisirs [...]. Le goût des jouissances matérielles doit être considéré comme la source première de cette inquiétude secrète qui se révèle dans les actions des Américains, et de cette inconstance dont ils donnent journellement l'exemple [...]. Si au goût du bien-être vient se joindre un état social dans lequel la loi ni la coutume ne retiennent plus personne à se place, ceci est une grande excitation de plus pour cette inquiétude d'esprit: on verra alors les hommes changer continuellement de route, de peur de manquer le plus court chemin qui doit les conduire au bonheur [...]. Quand toutes les prérogatives de naissance et de fortune sont détruites, que toutes les professions sont ouvertes à tous, et qu'on peut parvenir de soi-même au sommet de chacune d'elles, une carrière immense et aisée semble s'ouvrir devant l'ambition des hommes, et ils se figurent volontiers qu'ils sont appelés à des grandes destinées. Mais c'est là une vue erronée que l'expérience corrige tous les jours [...]. Ils ont détruit les privilèges gênants de quelques-uns de leurs semblables; ils rencontrent la concurrence de tous [...]. Cette opposition constante qui règne entre les instincts que fait naître l'égalité et les moyens qu'elle fournit pour les satisfaire, tourmente et fatigue les âmes" (A. de Tocqueville, op. cit., II, cap. XIII, p. 2). Hace más de treinta años descubrí en una región típicamente agrícola de Estados Unidos, en donde de sesenta y nueve colonos, sólo había veintitrés que poseían alguna experiencia en agricultura, y que entre los otros se hallaban dos músicos de circo, tres herreros, dos buzos, dos carpinteros, dos matarifes, tres pastores, un maquinista naval, tres taberneros y tres solteronas (W. Röpke, "Das Agrarproblem der Vereinigten Staaten", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* 58, p. 492).

esfera social a otra, de *shirt-sleeves* y a través de una riqueza de millones, para volver de nuevo a ser *shirt-sleeves*. Al profundo sentido —conservador, podríamos decir aquí— del anticentralismo corresponde, en cambio, una cierta división de la sociedad en compartimientos, el respeto a lo acontecido, un mínimo de variedad y de estructuración de la sociedad en sentido vertical y horizontal, la tradición familiar, la disposición especial para tomar como punto de partida lo heredado, como condición indispensable para la existencia de una sociedad sana y feliz. Considerado así, no parece en absoluto una insensatez que las comunidades y cantones o estados de un país queden protegidos por la norma de que cualquiera que llegue no tenga de buenas a primeras los mismos derechos que los nativos.

No es bueno que todos los hijos de los labradores y de los horneros se hagan médicos, sacerdotes o diplomáticos o quieran serlo. Aún sigue siendo cierto que una de las cosas más deseables es que los hombres tengan el sentido bienhechor de seguir en el lugar al que pertenecen, e incluso hoy, en que este sentido se ha perdido tan lamentablemente bajo la influencia del ideal de la competición de todos por todo, es mucho más cierto que nunca. Frédéric Le Play, el ingeniero y sociólogo de mitad del siglo XIX, no fue ningún tonto al descubrir en las *familles-souches*, en las que se heredaba el oficio y la posición social y económica, un asidero nada despreciable de la sociedad.⁵ Finalmente, merece ser muy destacado que la igualdad de las condiciones iniciales no hará sino aumentar la envidia y el resentimiento a través de la socialización de la enseñanza, puesto que si a todos se les dan idénticas posibilidades de prosperar, se les arrebató a los rezagados la oportunidad de proteger su sensibilidad, echándole la culpa a la “injusticia social”, a la “humilde cuna”. Sólo ahora queda al descubierto con brutal desnudez la debilidad espiritual o de carácter de la inmensa mayoría de las personas de nivel medio o inferior al medio, como causa de la carrera que se ha perdido, y mal habría de conocerse el alma humana si se pretendiese creer que este quedar al descubierto los hechos no habría de producir el efecto de un enérgico veneno. En verdad, no puede imaginarse mayor atentado contra la felicidad que esta “igualdad de las condiciones iniciales”, puesto que en la forma aristocrática, según la cual son distribuidos entre muy

⁵ Sobre Frédéric Le Play, véase W. Röpke, *Civitas humana*, 3ª ed., Erlenbach-Zürich, 1949, p. 210.

pocos los más elevados dones del espíritu y del carácter, sólo se aprovechará de ello una minoría, mientras que la mayoría será mucho más desgraciada.

Para no caer en el error, hemos de recordar siempre que, si queremos permanecer fieles al ideal de descentralización, hemos de salir siempre en defensa de la variedad, de la independencia y de la vida propia. Pero cometeríamos un grave error si pretendiéramos confundir la descentralización con el *particularismo* y la *política de campanario*; en pocas palabras, con una estrechez de miras que pierde de vista el lazo de unión de la totalidad. No es, desde luego, en absoluto esto lo que se persigue. *El anticentralista ha de ser el más convencido universalista*, teniendo siempre puesta la mirada hacia la totalidad, la cual es tanto más auténtica cuanto más estructurada está. Su centro es Dios, y precisamente de aquí que se halle inclinado a canjear centros humanos por Éste, o sea exactamente aquello que el consecuente centralismo, esto es, el colectivismo, tiene la intención de regalarle. Así entiende el anticentralista la inscripción existente sobre la lápida de San Ignacio de Loyola: “No estar excluido de lo más grande y seguir, sin embargo, dentro de lo más pequeño, he aquí lo excelso”. Goethe debió reconocerlo igualmente al decir:

*Soy habitante del mundo,
soy de Weimar.*⁶

Al recto espíritu que hemos de desear para nosotros corresponde poder unir el amplio horizonte mundial, la sinceridad del mundo en lo espiritual, en lo político y en lo económico, y la negativa a toda estrechez en la consideración y en el trato, a los regionalismos y los nacionalismos en lo espiritual, en lo político y en lo económico, en el sentido de variedad y de independencia en todas las esferas y en todos los terrenos, sobre la base de lo fundamental, que nos es común a todas las esferas y terrenos también.

⁶ Por no poder localizar de momento la poesía, me atengo al texto dado por E. R. Curtius, *Kritische Essays zur europäischen Literatur*, 2ª ed., p. 80, Berna, 1954.

La inscripción de la lápida de San Ignacio de Loyola, en la iglesia Il Gesù de Roma, es de autor desconocido y dice en latín: *Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est* (según amable comunicación de los doctores Franz Seiler y Erik von Kuehnelt-Leddihn). Hölderlin la adoptó (con ligeras variaciones) para su *Hyperion*.

El anticentralista aventaja al centralista –además de en muchas otras cosas– en reconocer que siempre es más sencillo centralizar que descentralizar, como también lo es más ampliar el poder del estado que reducirlo. También sabe mejor que el centralismo va por un camino por el que, si seguimos, la atmósfera de libertad y humanidad será más irrespirable cada vez, hasta que lleguemos a la helada cumbre del totalitarismo, del cual apenas si pueden escapar ya los pueblos sin despeñarse. Pero quiere la desgracia que, en cuanto se ha intentado buscar la curación por este camino, sea cada vez más difícil volver atrás. El centralismo ha de contar siempre con el riesgo de no hallar barrera alguna, al menos en sí mismo. Como de tantas otras cosas, también existe, en relación con la obsesión del centralismo, que no conoce límites, un episodio entre las leyendas de los pueblos, el cual señala, con marcado simbolismo, la dirección en que marchamos y, al mismo tiempo, los secretos deseos de esta marcha. Es la célebre anécdota del emperador romano Calígula, el cual hizo patente, según la tradición, su deseo de que el pueblo romano no tuviese más que un jefe, para poder abatirlo así de un solo golpe. El ardiente deseo de Calígula ha pasado a la posteridad como símbolo de un centralismo tiránico, por no conocer límites, y como símbolo también del fin que amenaza a la progresiva centralización.

Pero la tentación del centralismo ha sido enorme en todas las épocas, tanto en teoría como en la práctica política. Es la tentación de la perfección mecánica y de la uniformidad, a cambio de la libertad, y tal vez tuviese razón Montesquieu cuando dijo que eran espíritus pobres los que sucumbían indefectiblemente a ella (*Esprit des Loix*, XXIX, 18). Si se expande la pasión de uniformidad y de centralización, y comienzan los centralistas a llevar la voz cantante en todas partes, es sin duda una de las más serias advertencias del peligro que amenaza a la libertad, a la humanidad y a la salud de la sociedad. Ésta es precisamente la situación en que nos hallamos actualmente. Como advirtió J. Stuart Mill hace un siglo: “Si las carreteras, los ferrocarriles, los bancos, las empresas aseguradoras, las grandes sociedades anónimas, las universidades y las entidades de previsión pública se convirtiesen en ramificaciones del estado; si además las organizaciones y los comités de las comunidades se convirtieran, con sus actuales atribuciones, en departamentos de la administración central; si los empleados de todos estos diferentes organismos y empresas fueran nombrados y pagados por el gobierno y dependiesen de él

para cualquier mejoría de su situación, entonces ni toda la libertad de la prensa ni la naturaleza democrática de la legislación librarían a ningún país de perder la libertad, a pesar de que siguiese ostentándola nominalmente. El mal sería tanto mayor cuanto de más capacidad de acción dispusiese y más científicamente meditada se hallase la máquina administrativa".⁷

El entretejimiento de las relaciones humanas

Actualmente el peligro y la tentación del centralismo se ven acrecentados por llegar hasta nosotros en tan diversas formas. Hemos de estar atentos para no pagarles tributo inadvertidamente, fomentándolos en contra de nuestra intención. En la época actual abundan los centralistas, sin que ellos mismos lo sepan o lo quieran; los liberales o los conservadores, que desconsideran el federalismo; los anticolectivistas, que coquetean con el monopolismo y con el intervencionismo económico estatal; los humanistas europeos, que se muestran partidarios de una organización más y más economocrática de nuestro continente, y otros muchos.

No debería ser necesario llamar la atención acerca de las más evidentes y conocidas características de la creciente concentración, que se lleva a cabo en torno a nosotros y con la cual estamos de acuerdo por regla general, si no es que incluso coadyuvamos a ella en cuerpo y alma. Parece indicado, sin embargo, expresar por medio de algunos ejemplos, poco corrientes, nuestro criterio en relación con los peligros de la concentración y del centralismo que la fomenta.

A la cabeza de ellos figura la creciente densidad del entretejimiento de las relaciones humanas, que se deriva del progresivo *incremento de los que no dependen de sí mismos* y que supedita a los individuos y hace que dependan de los centros de determinación. Como parte de

⁷ Stuart Mill, *On Liberty*, cap. V. En el mismo sentido: Gaetano Mosca, *Die herrschende Klasse*, Berna, 1950, p. 126. La cita de Montesquieu y de Mosca da a entender que sería muy sugestiva una historia del centralismo y del anticentralismo; pero dicha historia existe. Un esquema de ella intenté hacerlo yo mismo en mi artículo "Zentralisierung und Dezentralisierung als Leitlinien der Wirtschaftspolitik" (*Wirtschaftliche Entwicklung und soziale Ordnung*, p. 20, editado por Ernst Lagler y Johannes Messner, Viena, 1952).

aquella gran transformación que ya conocemos y que el economista americano K. E. Boulding califica de "Organizational Revolution" en el libro del mismo título, este aumento de densidad supone un entorpecimiento muy sensible de las relaciones humanas. Si el mercado liga a aquellos que llevan a cabo independientemente sus transacciones de compra y venta, en una forma que puede calificarse de horizontal y poco consistente, y hasta de impersonal, entonces aparece, al disminuir el número de los independientes y aumentar el volumen de empresas, en lugar de esta unión por medio de una coordinación más o menos impersonal y poco consistente, una unión vertical, tupida y personal a través de la subordinación y de la autoridad. La dependencia del cliente o del vendedor que se logra a través del lejano mercado, no ligado por lo tanto a firmes relaciones humanas, es eliminada ahora por la dependencia de lo preestablecido.

Si antes existía una ordenación colateral, ahora hay un arriba y un abajo, cargados con la tensión de un constante contacto personal, estrecho y limitado a un círculo fijo de personas. Con la disminución de la existencia independiente, se convierte esto más y más en el destino de las masas, con la consecuencia, conocida a todo el mundo, de que se sobrecargan y se dificultan extraordinariamente las relaciones humanas. Las intrigas, ambiciones, delaciones, la rivalidad, la adulación, la envidia, los celos y todos los demás venenos del contacto se convierten, como demuestra la experiencia, en plagas que van a anidar en todas las "organizaciones" y grandes empresas. Los neuróticos pueden convertir ahora la vida de cientos y de miles de personas en un verdadero infierno, y, para mayor desgracia, es muy grande la oportunidad que tienen, precisamente los neuróticos, de llegar hasta arriba, gracias a su ansia de notoriedad y a su actividad, alcanzando posiciones preponderantes, muy superiores a la media (Boulding). El malhumorado empleado de Hacienda puede darse buena vida, gracias tanto a sus subordinados como a los contribuyentes; el maestro en un oficio, anímicamente desequilibrado, puede convertirse casi en un terrible tirano de la fábrica; en cambio, el sobreexcitado e inquieto vendedor de verduras ha de reprimirse, sin que por ello haya de sentirse esclavo de sus clientes.

Cuán inminente es toda esta evolución nos lo demuestra asimismo la circunstancia de que la "Organizational Revolution" alcanza también a aquellos que aún no han sido absorbidos por una gran empresa, habiendo conservado su independencia profesional. ¿Qué sucede

actualmente con los médicos, por ejemplo? Su existencia se ha hecho tan agotadora –sobre todo en los estados de previsión social, que se caracterizan por un grado de centralización– por hallarse entrelazados en una doble dependencia: dependen horizontalmente del antiguo mercado (en relación con sus pacientes) y verticalmente de la organización (en relación con las Cajas del Seguro de Enfermedad). Que de este estado dependa la tranquilidad, el equilibrio anímico, la salud y la vida, es una de las mayores tragedias de nuestro tiempo.

En estas consideraciones podemos hallar por de pronto una nueva y expresiva demostración de la *superioridad de la economía de mercado* sobre cualquier tipo y escala de economía colectivista. Verdaderamente no puede hacerse bastante hincapié sobre cuán alto hay que valorar la tan censurada integración impersonal de los hombres por el mercado, criticada también en este libro, en comparación con su aglomeración dentro de la economía colectivista, y esto porque coordina a los hombres y no los subordina. El mercado y el poder se relacionan mal entre sí, y quien pretenda modificar las relaciones del mercado a través de su privilegiada posición con respecto al comprador o al vendedor, de acuerdo con unas relaciones de dominio de tipo más que transitorio, se hallará con dificultades si no puede contar con la ayuda estatal. Mientras exista un auténtico mercado, esto hará que el poder económico sea precario, guardando así a la relación de coordinación de convertirse en una relación de subordinación. Por otra parte, sobre lo contrario de la economía de mercado, el colectivismo en todos sus grados y formas, lo más pernicioso que puede decirse de él es que encuadra a los hombres, sin posibilidad de escapatoria ni excepción –incluyendo hasta la esfera de los gobernantes, planificadores y directores–, en una relación de dependencia personal vertical, robándoles así la libertad. Si los socialistas, como inmejorables centralistas, fomentan tal ordenación económica en nombre de la libertad, nos ofrecen con ello una de las más deprimentes demostraciones de a qué errores está expuesto el hombre bajo el yugo de las pasiones políticas.

Pero no debemos pasar por alto el reverso de esta cuestión: cuanto más reducido sea el número de los independientes y cuanto más típicas de nuestro tiempo sean la gran empresa y la organización masiva, tanto más mermada verá la economía de mercado esta ventaja en relación con el colectivismo y tanto más delicado será el entreteji-

miento de las relaciones humanas, gracias a la concentración que se lleva a cabo dentro de la economía de mercado. Mientras subsista la economía de mercado (en este aspecto no debe ser medida su ventaja en relación con el colectivismo, ya que siempre existen hombres independientes), habrá la posibilidad de variar de oficio y de empleo, así como también existen sindicatos libres, protección por parte del estado de derecho y otros mil procedimientos de escape y de compensación. Y si a alguien se le torna demasiado oscura la situación —como les ocurre actualmente a miles de ingleses en la asfixiante atmósfera de su estado de previsión social—, siempre puede uno emigrar allá donde el centralismo sea aún moderado. Pero que el problema se hace más oprimente cada vez, de esto no cabe la menor duda.

Es, pues, perfectamente comprensible que los que han sido sometidos a la jerarquía de la dependencia busquen una *compensación*. Tratarán de relajar la subordinación y de limitar todo lo posible el alcance de la arbitrariedad y de la casualidad, considerando un beneficio cualquier progreso en este sentido. Que debería hacerse todo lo imaginable para acercarse a la solución del problema de la organización y de la gran empresa, no precisa ya de aclaración alguna, ahora que los conceptos “clima de empresa” y “*human relations*” van de boca en boca. Una humanización de la empresa y de la organización, como es de desear, encierra también en sí la exigencia de conceder a los subordinados un campo de corresponsabilidad, de intervención e incluso de “codeterminación”, mediante el cual puede ser suavizada esta subordinación, a través de los elementos de la coordinación, en tanto lo permita precisamente la invariable naturaleza de una empresa montada sobre la base de la subordinación.⁸

⁸ *Codeterminación*: Resulta difícil separar aquí lo deseable de lo arriesgado. El intento de establecer esta división, que figura en mi informe sobre la política económica del gobierno de Adenauer de 1950 (*Ist die deutsche Wirtschaftspolitik richtig?*, Stuttgart, 1950), aún sirve hoy de orientación. Merece, por una parte, ser recibido con la mayor simpatía y ser apoyado el deseo de los trabajadores y empleados, de ser admitidos con confianza, como colaboradores, pasando a formar parte de los que están al corriente de los pormenores de la empresa, a los cuales corresponderá exigirles así parte de responsabilidad, se les podrá pedir protección contra la arbitrariedad dentro de la empresa y, finalmente, se deseará poderlos identificar con la empresa, como colaboradores, por encima de antagonismos de intereses de salarios. Por otra parte, merece, en cambio, la más decidida repulsa la ambición de abolir la subordinación, indispensable en relación

Pero aún se producirá otra consecuencia, y con ella surge, en todo su enorme volumen, el peligro que se deriva de este proceso de concentración, para la sociedad y para la economía. El cerrajero que antes era independiente y que se incorpora ahora a la fábrica, tratará de restablecer su equilibrio anímico, dentro de la subordinación a la que se ve sujeto, mediante la elección de un partido que prometa amargar la vida a “los de arriba”. Si se trata del partido socialista o del comunista, esto dependerá de las circunstancias. Por regla general aparecerá el *sindicato* correspondiente, el cual le supone cuando menos un guardaespaldas moral. Puesto que el “pleno empleo” o incluso el “sobreempleo” parecen relajar la interdependencia, seguramente verá con buenos ojos el precio de la constante presión inflacionista, si es que llega a apercibirse de ella, hasta que la espiral de precios y salarios no se haga tan patente, que incluso los sofismas de los dirigentes de los sindicatos choquen contra su sano entendimiento humano. Estos dirigentes tienen un interés especial por esta expansiva política de salarios en cualesquiera circunstancias.

Así, pues, a pesar de que salta a la vista que la evolución de los sindicatos es una forma de reacción moral defensiva a que la subordinación se convierta en el principio predominante de las relaciones humanas, por la concentración y el aumento de los no independientes, un nuevo peligro acecha, sin embargo, para éstos: el sindicato mismo se convierte en una de “las organizaciones” que hacen bien patente la creciente concentración, creando por su parte nuevas interdependencias verticales y nuevas jerarquías, con un arriba y un abajo, con ordenadores y subordinados. Esta interdependencia puede incluso llegar a ser insoportable, ocultando aun a cuánta interdependencia se

con las trascendentales determinaciones para el éxito de la empresa, así como dejar que corran con la responsabilidad aquellos que no puedan legitimarla con sus conocimientos, educación ni talento, ni tampoco por no correr con el riesgo correspondiente. Tenemos pleno derecho a oponernos a esta ambición, tanto más cuanto que tras ella no se oculta sino la simple expansión del poder de los sindicatos hasta la dirección de las empresas, y hemos de hacerlo con la mayor decisión si de aquí ha de derivarse una ordenación económica, que como economía de mercado convierte al mercado en aquella autoridad cuyas órdenes trata de interpretar correctamente la dirección de la empresa cuando “toma una determinación”. La exposición más clara a este respecto se halla expuesta en la obra de Franz Böhm *Das wirtschaftliche Mitbestimmungsrecht der Arbeiter im Betrieb*, IV, Ordo-Jahrbuch, 1961.

ven sujetos dentro de una empresa los trabajadores y los empleados, por el hecho de que los sindicatos imponen su ley de hacer que el empleo dentro de una determinada empresa, o hasta en toda una rama de industria, dependa de que el trabajador o el empleado sea miembro del sindicato (*union shop* o *closed shop* es como se denomina a este monopolio profesional o de empresa en los países anglosajones).

Si la administración de la justicia o la legislación son suficientemente débiles e insensatas para tolerar tal monopolio, son partícipes de la culpabilidad de la tiranía, cuya brutalidad es algo sin precedentes, ya que puede reemplazar sus deseos por amenazas, y si necesario fuere, incluso destruir la existencia de un hombre. Las crónicas inglesas y americanas de cada día están llenas de espeluznantes casos concretos que dejan ver cómo esta tiranía de los sindicatos se ha desarrollado sin miramientos, y hasta qué punto han llegado las cosas, puede deducirse del hecho de que en Estados Unidos el “derecho al trabajo” tiene actualmente un significado bien distinto del antiguo. Ahora significa que el trabajador ha de ser protegido en su puesto por el poder monopolista del sindicato.⁹ Constituye un elocuente comentario de nuestra época, el hecho de que incluso este postulado, tan natural, haya tropezado con tan encarnizada resistencia por parte de todos los “progresistas”, que hasta la fecha sólo se ha conseguido imponer en diecinueve de los cuarenta y ocho estados americanos.

Consideremos las cosas desde el punto de vista que queramos, y creamos se van a derivar de aquí estas o aquellas consecuencias, no existe la menor duda de que el constante crecimiento de los no independientes, los cuales suponen actualmente la inmensa mayoría en casi todos los países industriales de Occidente, nos indica que nos hallamos ante un proceso mucho más intranquilizador que cualquier otro. Su inconmensurable peligro radica en que se trata de un proceso de concentración y que guarda relación con la concentración de empresas. Constituye la expresión de la aglomeración, que se lleva a

⁹ “Derecho al trabajo”: Para dar al menos una idea de las consecuencias del *closed shop* en Inglaterra, expondremos el caso de Mr. Bonsor, el cual aun ha llegado a llamar algo la atención últimamente. Este desafortunado ser era músico y, al carecer de trabajo, no se hallaba al corriente en el pago de sus cuotas al sindicato. Sin embargo, no podía trabajar hasta tanto no hubiese satisfecho todas sus cuotas. Finalmente falleció, habiendo tenido que ir cambiando de empleo (*Time and Tide*, 20 de julio de 1957).

cabo en tal forma, que tanto el número de empresas, que hasta la fecha convierten a los independientes en dependientes, como su envergadura media, dejan apreciar, por los más variados motivos, una indudable tendencia al crecimiento. Si tomamos en consideración todo esto, pero sobre todo el fortalecimiento paralelo del poder de los sindicatos, con todos los efectos que nos son conocidos, cada vez está más justificado preguntar si la auténtica democracia y la libre economía de mercado son compatibles a la larga con un estado en el que la aplastante mayoría de la población está constituida por receptores de sueldos y salarios, carentes de independencia.

Que nos hallamos aquí, cuando menos, ante un problema que no es aventajado a la larga por ningún otro en cuanto a importancia, un verdadero problema clave, para el cual hemos de hallar una solución, si han de seguir subsistiendo la democracia y la economía de mercado, ¿quién se atreverá a ponerlo en duda? Aunque no tenemos derecho alguno a dudar de su solución, no podemos esperar que sea sencilla, siéndonos imposible dar aquí una idea adecuada de la misma. Sin embargo, pueden indicarse tres puntos de orientación. Por de pronto habría de frenarse enérgicamente el proceso de disminución de los independientes, y a ser posible hacer incluso que retrocediese, donde ello pueda ser, sin que se produzca una verdadera violación de la razón económica. En segundo lugar, habría de suavizarse, a través de todo aquello que se encierra con el calificativo de "humanización de la empresa", la rigidez de la relación vertical de dependencia, en tanto lo permita la estructura de la organización de empresa y la naturaleza de la economía de mercado. En tercer término, habrían de fortalecerse aquellas contrapartidas extrañas a la interdependencia en las relaciones de trabajo, entre las cuales ocupa la propiedad el lugar más prominente.

Por ser éste el programa que afecta a toda nuestra libre ordenación económica y social, creemos interesante comentar el primer punto escuetamente. No supone sino que aquel que considere una desgracia el hecho de que continúe transformándose nuestra sociedad en otra integrada por simples hombres carentes de independencia, que reciben un sueldo o un salario, ha de hacerse ante todo la pregunta: ¿cómo puede contrarrestarse la nueva *concentración de las empresas*? Aquí, ante esta cuestión capital, ha de acreditarse ante todo el anticentralista no presentando nuevas exigencias al estado, para que haya de crear más coacciones y más leyes, puesto que con ello el mal del centralismo

aparecería incrementado en alguna otra parte, sino favoreciendo todas las fuerzas que se opongan a la concentración, sean del tipo que fueren. Habría de comprobarse, por medio de un trabajo paciente y minucioso, cómo es favorecida la concentración industrial continuada e impremeditadamente, en parte por el mismo estado, por su derecho, su sistema tributario y su política económica y social, amargándole la vida a la empresa pequeña y mediana, así como a todas las demás que quieren sustentarse por sus propios medios, en una forma que nada tiene que ver con las ventajas técnicas y organizadoras de la gran empresa, tan a menudo sobreestimadas. Se llegará así a más de un resultado sorprendente, confirmándose la suposición de que, mediante el empleo de algunas medidas acertadas —la reforma del impuesto sobre el volumen de operaciones, la supresión o suavización de la doble contribución de los exprimidos beneficios, la profunda reforma del derecho de las acciones y otras muchas cosas—, se podían alcanzar los mejores efectos en relación con el fortalecimiento de las empresas pequeñas y medianas.¹⁰

Centralismo internacional

Quien se declare partidario del programa de descentralización, con todo lo que éste incluye, no debe volverle la espalda de hecho, cuando se halle ante el enorme problema de la gran empresa y de la concentración económica. No debe hacerse atrás ante los inconmensurables peligros que se presentan aquí para una sociedad y una economía

¹⁰ *La concentración económica*: A lo que el autor hubo de decir en su día en sus anteriores libros (*Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart*, *Civitas humana*, *Mass and Mitte*) acerca de esta cuestión habría que añadir hoy mucho, sobre todo en lo que atañe a la política tributaria y al derecho de las acciones. Véase, de Joachim Kahl, *Macht und Markt*, Berlín, 1956. La mejor exposición que conozco de la influencia político-tributaria se halla en el número de abril de 1957 de los informes comerciales del Berliner Bank, que está dedicado a la “enfermedad del mercado alemán de capital”. Allí se llama, con razón, la atención sobre la intranquilizadora circunstancia de que la “cifra de nacimientos” de las empresas industriales, o sea el número de las nuevas fundaciones, haya descendido hoy muy considerablemente, lo cual hace que deduzcamos de aquí la existencia de anomalías en la organización del mercado de capital y del sistema tributario. Aparece así, junto a la concentración, un *entumecimiento* igualmente grave de la concentrada estructura de la economía. Es muy dudoso que alguien haya podido querer todo esto, siendo muy de desear se lleve a cabo una profunda reforma. Con relación a la importancia

libres, ni tampoco ante la tarea de atajarlos con todos los medios de que dispone el ideal anticentralista. Sin embargo, la cifra de aquellos que se ofrecen en cuerpo y alma a este gigantismo industrial es deprimentemente elevada. Apenas si es algo menor el número de aquellos que restan su ayuda al centralismo irreflexivamente cuando, una vez ha llevado a cabo su destructiva obra en el ámbito nacional, halla en el internacional un nuevo campo donde desarrollar su actividad.

Ha surgido así, bajo el falso estandarte de la comunidad internacional, un aparato de concentración internacional, de aglomeración, de uniformidad y de direccionismo económico, que, tanto en el seno de las Naciones Unidas y de sus ramificaciones como en el ámbito continental —siguiendo el ejemplo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero—, va adquiriendo más y más poder y asegurando una cada vez más numerosa burocracia de privilegios, influencias e ingresos libres de impuestos. Con algunas honrosas excepciones, el provecho de esta centralización internacional guarda una desproporción verdaderamente fantástica con sus gastos, para no hablar de sus evidentes perjuicios. Pero sólo pocos son capaces de reconocer la realidad, detrás de la apariencia de estos elevados ideales, y aun es menor el número de aquellos que tienen el valor de declararlo públicamente, y, si lo hacen, han de verse ante una declarada conjura de todos los *bien-pensants*.

Que nos hallamos aquí ante una centralización de carácter particularmente disimulado y peligroso, sólo lo aprecia una minoría muy reducida, y, puesto que la burocracia internacional dispone también de poderosos medios para influir a la opinión a favor suyo, cada vez se hace más difícil que pueda ser percibida la voz de esta minoría. Lo más grave es que esta centralización internacional, bajo el nombre de “Europa”, de la “soberanía supranacional”, de la “armonización internacional”, de la “lucha contra el comunismo” o de las demás tentadoras consignas, amenaza dar el golpe de gracia al sano resto de descentralización nacional y variedad internacional. La cúspide que se divisa en la lejanía es aquel “estado internacional de previsión social” al cual nos hemos referido.

de la publicidad como circunstancia fomentadora de la concentración, véase, de W. Röpke, *Mass und Mitte*, p. 213. Entretanto, la televisión —en donde habría podido comprobarse, por lo demás, si el hombre domina la técnica, o es la técnica la que domina al hombre, en cuyo examen ha fracasado hasta Suiza— ha aumentado este peligro muy considerablemente.

La etapa más reciente en este aspecto es el proyecto conocido por el nombre de *mercado común*, mientras otro plan, el de la denominada zona libre de comercio, presenta un carácter menos centralista. El economista tiene mucho que decir a este respecto.¹¹ Para nuestra presente consideración es decisivo que este proyecto, impregnado de un espantoso grado de direccionismo económico internacional y con la tendencia hacia una concentración y organización cada vez mayores de la vida económica europea, da un nuevo y fuerte impulso al centralismo internacional. La dependencia del individuo, y de todos los pequeños grupos, de los grandes centros crecerá extraordinariamente, hundiéndose, en cambio, bastante más las oportunidades de lo humano y de lo personal, y esto en nombre de Europa y de su tradición, ligada a la libertad, a la variedad y a la personalidad.

El peligro que acechaba ya en tantos planes y actos de la integración económica europea y que había de ser combatido, sale ahora al primer plano: la *economocracia*, de la que tanto hemos hablado ya, pasa ahora definitivamente de la esfera nacional a la internacional, surgiendo con ello aun más firme e inevitablemente el poder de los planificadores profesionales de la estadística y economócratas, el poder centralizado de un direccionismo, con su burocratismo internacional, con un gobierno internacional de la economía y con subvenciones de país en país. Después de que algunos países europeos pudieron desterrar, hasta cierto punto, el espíritu del *saint-simonismo*, penetra ahora desde arriba como *saint-simonismo europeo*, fiel a la visión del patriarca de la economía planificada.

Quien dice esto ama de una forma que sólo puede denominarse patriotismo europeo, lo más elevado que encierra la palabra "Europa", y en este sentimiento no desearía que nadie lo aventajase, al menos aquellos que han convertido esta palabra en la consigna de una gran actividad. Aspira como cosa natural a vencer la debilidad de nuestro

¹¹ *Centralismo europeo*: G. Haberler, "Die wirtschaftliche Integration Europas", en el homenaje a Erhard, *Wirtschaftsfragen der freien Welt*, pp. 521-530, Francfort am Main, 1957; W. Röpke, *Internationale Ordnung heute*, op. cit., pp. 308-317; W. Röpke, "Europa als wirtschaftliche Aufgabe", en la obra conjunta *Europa Besinnung und Hoffnung*, publicación de A. Hunold, Erlenbach-Zurich, 1957; W. Röpke, "Politischer Enthusiasmus und wirtschaftliche Vernunft", *Neue Zürcher Zeitung* N° 453 (17 de febrero de 1957); W. Röpke, "Gemeinsamer Markt und Freihandelszone", *Tagungsprotokoll der Aktionsgemeinschaft soziale Marktwirtschaft*, Ludwigsburgo, 1958.

continente, siendo conocedor de nuestra herencia y del peligro que nos amenaza a través de la consolidación, devolviéndole así la importancia que le corresponde dentro de la política mundial, no sólo en relación con el enemigo común del mundo libre, sino dentro también del gran frente de Occidente y en relación con el mundo de color. Pero sustenta, desde luego, el viejo criterio de que esto no puede conseguirse a través de la producción —lo más barata posible— de automóviles y de aparatos de radio, sino, principalmente, mediante la excitación de la conciencia propia de nuestro continente y de su potencial político-militar, así como considerando el espíritu y la gran herencia que nos han legado a todos los europeos.

Si queremos ser fieles a Europa, hemos de conservar este espíritu y esta herencia. La consolidación política y económica de Europa ha de llevarse a cabo, pues, en una forma en que se acredite esta fidelidad en la salvaguarda de lo más fundamental para nosotros: la unidad en la variedad, la libertad en la unión íntima, el respeto al hombre en su esfera personal, el respeto a lo propio y a lo característico de Europa. Desde Strabo, que ya califica de “muy varia” a Europa en la antigüedad, y a través de San Esteban de Hungría, que dijo: “*Unius linguae uniusque moris regnum fragile et imbecille est*” (en las tan expresivas *Monita* dirigidas a sus herederos), y de Montesquieu, que habla de Europa como de una “*nation de nations*”, hasta Christopher Dawson, que destaca en nuestros días el carácter de Europa, diciendo que es una “*society of peoples*” a pesar de todas las demás diferencias en cuanto a la definición de Europa, en relación con este punto capital siempre ha existido un criterio unánime. *El anticentralismo constituye de hecho una parte fundamental del espíritu europeo*. Si tratásemos, pues, de organizar Europa centralmente, sometiéndola a una burocracia planificadora y haciendo de ella al mismo tiempo un bloque más o menos cerrado, no sería esto sino una traición a Europa y al patrimonio europeo. Sería una traición más maliciosa aun, por ser perpetrada en nombre de Europa y abusando indignamente de él. Traicionaríamos así precisamente lo que hemos de defender, aquello que nos hace a Europa tan querida, como lo es de insustituible para todo el mundo libre.

Constituye un signo peligroso que aún haya de discutirse la existencia de un determinado método de integración económica europea, el cual, como no europeo, por ser centralista y aliberal en el

más amplio sentido del pensamiento europeo de libertad, se niega a sí mismo. Un nacionalismo y un direccionismo económicos continentales no suponen progreso alguno en relación con un nacionalismo y un direccionismo económicos nacionales. Incluso son más graves, porque, caso de extenderse a todo el continente, estas tendencias pueden ejercer un efecto mucho más desenfrenado. Por el mismo hecho de existir unanimidad a este respecto, debería reconocerse en él la orientación en la cual no es indicado dar ni un solo paso.

Respeto a lo propio y a lo característico, a lo vario, a los pequeños círculos de la vida y de la cultura, y rechazar cualquier centralización mecánica; éstas son, pues, unas de las orientaciones generales que legitiman nos podamos llamar auténticos europeos, en el verdadero sentido de la palabra. Si no sustentamos otro criterio a este respecto, entonces deberíamos estar unidos en el descontento que ha de sentirse necesariamente ante el fanatismo, que conduce al error; descontento por la actividad de los economócratas y de los tecnócratas, que están a punto de construir Europa sobre el tablero de dibujo, en nombre del progreso técnico, convirtiéndola en una organización colosal. Descontento también por la extraña ambición de convertir a Europa, siguiendo el ejemplo de América, en un crisol de naciones y culturas —mientras se menosprecia simultáneamente lo que sitúa a la cultura europea unitariamente a alto nivel, esto es, la antigua herencia espiritual del cristianismo—. Descontento, finalmente, por la idea de un americanismo europeo que ahogue en la cantidad todo lo cualitativo, vario, inconmensurable e individual, y que mida el progreso en toneladas de acero, kilovatios, velocidades máximas y longitud de las pistas de los aeropuertos.

¿Pretendemos convertir la producción de masas y las ciudades de masas en un ideal de Europa, que no deba ser puesto ya en duda? ¿Constituye una ventaja indiscutible seguir también en Europa el camino de la concentración y de la racionalización progresiva? ¿No tenemos motivos para temer por todo lo que amenaza ser destruido entonces? ¿A quién no lo estremece, para citar esto también, la idea de un Detroit europeo, que lance automóviles en masas enormes y que transmita la densidad de la circulación automovilística americana a nuestro estrecho y superpoblado continente? Evidentemente, según la actual forma de pensar de los hombres, son estas preguntas totalmente heréticas, pero precisamente por ello han de ser planteadas

con mayor claridad, ya que son pocos los que se atreven a hacerlas, por temor a ser tachados de anticuados. Son preguntas que no deberíamos esquivar, si tenemos fe en nuestra descentralización, que, bien entendido, es la verdadera filosofía de Europa.

Cálculo sin contar con los hombres

Si hallamos actualmente una cifra espantosa de hombres que se muestran dispuestos a no ofrecer resistencia alguna a las tendencias centralistas de la época o que incluso las apoyan cuanto pueden, considerando que hacen algo verdaderamente loable, ello ha de obedecer a una razón fundamental, que hemos de buscar en lo espiritual. Es esta misma tendencia de la era presente la que forma nuestro pensamiento filosófico-social orientándolo hacia lo colectivo, lo mecánico y la centralización, alejándolo de lo humano en su individualidad concreta. No es de extrañar, pues, que sean las mismas ciencias sociales, la economía y la sociología, las que cada vez se ven más impregnadas de esta forma colectiva y mecánica de pensar, fomentando simultáneamente el centralismo de la política práctica. Si Ortega y Gasset escribió un célebre artículo acerca del “alejamiento de los hombres del arte”, hoy podríamos ampliarlo considerando el “alejamiento de los hombres de la economía”, y al igual que en el arte moderno es sacrificado el hombre a la abstracción amorfa, puesto que en la realidad pierde también su aspecto y su dignidad, aparece también una cierta orientación de la teoría científico-social con la misma deshumanización de la política práctica.¹²

Si nos quejamos de la inclinación centralista y mecánica del pensamiento económico contemporáneo, criticando de nuevo algo que ya lo ha sido en el presente libro, nos referimos ante todo a la tendencia, que hemos de relacionar inevitablemente con Keynes y con la “macroeconomía”, a tratar el proceso económico como un

¹² *La deshumanización de la política económica*: A la luz de estas consideraciones, no parece atrevido decir que entre Keynes y Picasso existe un parentesco íntimo. Incluso aunque no supiéramos que pertenecen ambos a una misma época, lo demostraría la característica deshumanización de ambos, y hasta en su alternar el clasicismo con el vanguardismo, se asemejan en forma bien notoria. No puede extrañarnos, pues, que Keynes tuviese una decidida preferencia por Picasso, mientras Picasso es comunista, como se sabe (R. Harrod, *The Life of J. M. Keynes*, p. 318, Londres, 1951).

transcurso objetivo mecánico, integrado por cuantos totales, el cual se cree poder determinar cuantitativamente de antemano, con auxilio de los métodos matemáticos y estadísticos correspondientes. Aparece entonces la economía como una especie de gigantesca bomba de trasego, a lo cual corresponde consecuentemente que la ciencia que se ocupa de ella se convierta más y más en una especie de ingeniería, en donde las ecuaciones proliferan más abundantemente cada vez y —ya sabemos esto— aquello que constituye la herencia de siglo y medio de trabajos político-económicos, o sea la doctrina de los movimientos de los precios, caiga casi en el olvido.

Con la anterior se relaciona otra serie de lamentables tendencias: una especialización de la investigación, cada vez más exagerada, que favorece el proceso de desmoronamiento del saber científico-social; un hermetismo, indivisible del fenómeno anterior, que a veces considera incluso un título honorífico la impenetrabilidad de la exposición y al cual lo satisface el empleo de las matemáticas, exteriorizándolo con orgullo; un cierto intelectualismo que, careciendo del sentido de las proporciones justas, se pierde en sutilezas creando “modelos” a los cuales les falta hasta la posibilidad de aproximarse a la realidad; una altanera intransigencia y tantísimas otras cosas. Se ha llegado tan lejos, que a menudo, cuando examina uno alguna revista de nuestra especialidad, ha de preguntarse si no se ha equivocado y lo que tiene en sus manos es una revista de química o de hidráulica.

Hace falta, pues, una tranquila y crítica consideración. Ha de partir de que la economía no es, desde luego, una ciencia natural (“*science*”, en el sentido francés y anglosajón), sino una ciencia del espíritu, y como tal “*moral science*”, ha de ocuparse del hombre como de un ser moral y espiritual. Hemos de considerar también, por otra parte, que la economía ocupa una situación especial dentro del círculo de las ciencias espirituales, puesto que trata de un objeto, la economía de mercado, que objetiviza hasta tal punto lo subjetivo, que podemos emplear métodos extraños a las demás ciencias espirituales. Esta situación especial convierte a la economía política en una verdadera “ciencia límite” con todas sus posibilidades y estímulos, pero también con sus grandes peligros.¹³ Permite de hecho valerse de las *matemáticas* para la demostración y la exposición precisa, a través de

¹³ Esta idea ha sido maravillosamente desarrollada por Daniel Villey, “Examen de conscience de l'économie politique”, *Revue d'Economie Politique*, pp. 845-880, 1951.

fórmulas, de las relaciones cuantitativas de función, y pocos economistas de nuestro tiempo querrán rechazar totalmente este empleo. Sin embargo, este método es tan dudoso precisamente porque induce a los poco precavidos a atravesar la peligrosa frontera límite —la zona que se halla entre lo humano y lo mecánico— y a meterse muy adentro en el imperio de lo mecánico, lo estadístico y lo matemático, despreciando todo lo que se halla a este lado de la frontera, lo humano y no matemático, lo espiritual y lo moral, y por ello, decididamente no cuantificable. Debería prescindirse de emplear, más que ocasional e ilustrativamente, estos métodos técnicos y científico-naturales, puesto que el posible beneficio guarda la mayor desproporción con los esfuerzos a realizar y con los peligros a que se está expuesto. “*Parturiunt montes nascetur ridiculus mus*”: éste debería ser el lema que se antepusiera a muchos de estos estudios.

Constituye una grave equivocación tratar de defender el método matemático, argumentando que nuestra ciencia se ocupa precisamente de cantidades. Esto es cierto. Sin embargo, lo mismo puede decirse de la estrategia, y, no obstante, las batallas no son un ejemplo de cálculo matemático, que pueda ser confiado a un cerebro electrónico. Lo decisivo de la vida económica radica también en cosas tan poco matemáticas como puedan serlo una carta de amor o una fiesta navideña, en las fuerzas morales y espirituales, en las reacciones anímicas, en opiniones que se hallan más allá de las curvas y las ecuaciones, en lo eternamente incalculable e imprevisible. No debe esperarse del método matemático más de lo que pueda dar de sí en el mejor de los casos. Es bien difícil citar no sólo una sólida teoría político-económica que pueda ser descubierta sólo por este camino, sino incluso ni tan siquiera una que haya sido descubierta verdaderamente por este procedimiento. Este hecho tiene unos motivos muy profundos, ya que todo teorema político-económico, que sólo puede ser demostrado matemáticamente y que no es al mismo tiempo evidente fuera de las matemáticas, merece la mayor desconfianza. Siempre que se intente algo así, debería reaccionarse como un economista vienés de la vieja generación, que empleaba en estos casos la sabia frase: “Antes de maravillarme, prefiero no creerlo”.

Merece citarse aquí también la observación de Voltaire que mencionaba Goethe en una carta dirigida a Zelter: “*J’ai toujours remarqué que la géométrie laisse l’esprit où elle le trouve*”. Con harta frecuencia se asemeja realmente la economía matemática —según la

graciosa observación de un economista contemporáneo (L. A. Hahn)—al acto de esconder los niños los huevos de Pascua, que dan muestra de júbilo al encontrarlos precisamente allí donde los habían escondido. Con la misma irrespetuosidad hemos de tratar, desgraciadamente, su pretensión de ofrecernos resultados exactos. En una ciencia en la que, dada la peculiaridad de su objeto, no puede esperarse la exactitud de tipo científico-natural y matemático, esta pretensión ha de hacer que aun desconfiemos más. A esto hemos de responder que más vale lo auténtico impreciso que lo preciso no auténtico.¹⁴

Un estadista francés dijo en cierta ocasión, después de la última guerra mundial: “*Un homme qui meurt – sa m’êmeut. Quinze cent mille hommes c’est de la statistique*”. Una frase tan amarga como verdadera, cuyo sentido de advertencia no debería pasar inadvertido al economista. Naturalmente, en nuestra ciencia no podemos por menos de valernos de un vocabulario técnico. Hablamos de oferta y demanda, del poder adquisitivo del dinero, de la cantidad de producción, del volumen del ahorro, del volumen de inversión, y nunca podremos subrayar bastante que detrás de estos complejos seudomecánicos se hallan hombres, con sus reflexiones, sus sensaciones, sus valoraciones, sus sugerencias colectivas y sus determinaciones. Esto no deberíamos olvidarlo nunca, para ponernos a jugar con estos complejos como si se tratase de piezas de arquitectura infantil.

Para la investigación de los procesos económicos se han ideado ingeniosas formas de pensar, de algunas de las cuales no quisiéramos prescindir ya. Pero cuando nos hallamos ante conceptos como la “elasticidad” de la oferta y la demanda, el “multiplicador”, la “aceleración” y otros parecidos, hemos de seguir teniendo la conciencia de las estrechas fronteras que delimitan su empleo provechoso y carente de peligro. Dan la sensación de una exactitud científico-natural y matemática, que en realidad no existe. No son constantes físicas, como la aceleración de la gravedad, sino relaciones, que dependen fundamentalmente del incalculable proceder de los hombres.

¹⁴ *Las matemáticas y la economía política*: De entre la escasa literatura que aborda decididamente los problemas de los métodos matemáticos en la economía política, merece citarse la discusión aparecida en *Review of Economics and Statistics* (noviembre de 1954); de L. von Mises, *Human Action*, pp. 347-354, New Haven, 1949; de G. I. Stigler, *Five lectures on Economic Problems*, Londres, 1950.

Un ejemplo aclarará esto. Recuerdo, no sin cierto estremecimiento, haber tenido en mis manos hace muchos años un estudio editado por la General Motors Company, el cual contenía los resultados de estudios, prolongados varios años, de un laboratorio econométrico fundado a tal fin, para analizar el comportamiento de la demanda de automóviles. Estos resultados fueron harto desilusionadores, ya que los autores hubieron de reconocer, una vez acabada la labor, que, a pesar de todos los símbolos matemáticos y de todas las cifras, no sabían mucho más que antes. Habían averiguado cómo se habían comportado hasta entonces los compradores; pero cómo se comportarían en el futuro, seguía siendo una incógnita, y lo único que produce algún consuelo es que esta enorme desproporción que existía entre los gastos de investigación y los beneficios obtenidos de ella fue admitida honradamente. Se había demostrado una vez más que, a pesar de ser tan interesante y hasta útil prácticamente averiguar los coeficientes de elasticidad de la demanda del artículo en cuestión, tales cifras no tenían sino un carácter meramente histórico-comercial. Se trata de una forma determinada de hacer historia de la economía, una forma instructiva y facilitadora del cálculo de las posibilidades futuras, pero este cálculo hay que rechazarlo siempre ante la inseguridad fundamental y la incalculabilidad del futuro de la vida económica. Guiarse sólo por los datos anteriores no conduce más que al error. Todas las imprevisibles fuerzas que mueven la historia humana como un todo, pueden modificar la oferta y la demanda en tal forma que se burlan de cualquier cálculo econométrico y hacen surgir constantemente nuevas e inesperadas coyunturas.

A la esencia de tal concepción, que reduce el proceso económico a la relación funcional de magnitudes totales comprendida en conceptos mecánicos y calculable por medio de métodos matemáticos, eliminando así al hombre con su incalculabilidad, corresponde, sin embargo, que conduzca inevitablemente a la pretensión de poder hacer *predicciones*, con auxilio de estos mismos métodos, que van mucho más allá de una simple apreciación de probabilidades. Cuán injustificada está esta pretensión, debería estar totalmente claro. La cadena de humillantes fracasos sufridos por tal profecía econométrica desde hace decenios no puede sorprendernos por lo tanto; sí, en cambio, que los vencidos rehúsen admitir esto abiertamente, así como mostrarse por ello más comedidos.

¿Será preciso recordar que pocos meses antes de declararse la

mayor crisis económica de la historia, en la primavera de 1929, habían hablado las más célebres autoridades americanas en materia de economía política, del equilibrio, afortunadamente asegurado, de una economía que giraba a gran número de revoluciones? ¿Dónde están los teóricos de la “atrofia de la natalidad”, que no ha mucho calcularon como la cosa más segura, basándose en los resultados “particularmente seguros” de la estadística de la población, la rápida disminución del índice de incremento de población, relacionando con ello las sugerencias más definidas con relación a una política económica y social? ¿Dónde se hallan los economistas que emplearon inadecuadamente la teoría keynesiana para negar a nuestro sistema económico –debido no en último término a la falsa predicción de la disminución del índice de crecimiento de la población– la fuerza de crecimiento natural, y que desconsideraron la doctrina de la *nature economy* como si se tratase de un fósil espiritual de la gran depresión, de aquella cuyos amenazantes síntomas se ignoraban tan poco tiempo antes de que se declarara? ¿Cuánto mal causaron aquellos profetas, que tanta influencia tuvieron, desgraciadamente, en los característicos y obedientes discípulos de Keynes, que habían anunciado se produciría una nueva grave depresión después de la Segunda Guerra Mundial y que volvieron a equivocarse? Aquellos “profetas ante el optimismo de la paz”, habían aconsejado a los gobiernos contrarrestasen esta depresión con todos los medios de multiplicación de la potencia adquisitiva, habiendo inducido con ello a la mayoría a implantar una política de “pleno empleo” totalmente inoportuna y, por ello, inflacionista. ¿Será preciso recordar las profecías del mal, desmentidas una y otra vez, con las que los contrarios de la economía de mercado alemana acompañaron a su resurgimiento? ¿O los expertos suecos en economía, que predijeron en 1948 una depresión en América, que no se produjo, induciendo con ello al gobierno y al banco de emisión a transformar una rica y floreciente política económica en un grave desorden no vencido aún hoy?

No carecería de interés saber qué dirían aquellos que hablaron, hace más de un decenio, de la “permanente escasez de dólares” y de las balanzas de pagos “pasivas estructuralmente” como de fenómenos determinados objetivamente, ante la realidad evidente de que precisamente algunos de los países más débiles estructuralmente, las naciones vencidas y aniquiladas por la guerra, Alemania y Austria (temporalmente también Japón, esto es, mientras llevaba una política

decididamente antiinflacionista), demostraron palpablemente cuán equivocados eran estos “seguros” pronósticos, habiendo puesto en orden su balanza de pagos antes que los demás países, entre los cuales se hallaban los más ricos. ¿Para qué este enorme despliegue de especulaciones matemáticas acerca de la “elasticidad” de la importación y de la exportación, de los *terms of trade* y de todas las demás cosas que pueden ser expuestas en apoyo de aquellas teorías, si estos países carecen del tacto suficiente para demostrar experimentalmente la exactitud de la teoría clásica de la balanza de pagos?¹⁵

Con esta dolorosa recordación de los falsos profetas no se pretende decir nada —como se comprende de por sí— en contra de la legítima tarea de calcular en cada momento las fuerzas que actuarán en el futuro y las probabilidades que puedan darse. No hay nada más natural ni más necesario que esto. Pero deberíamos haber aprendido a hacerlo con la mayor desconfianza hacia los engañosos cálculos matemático-estadísticos y hacia las “constantes” hipotéticas —incluso las de tipo psicológico, con las que operaba Keynes— contando con el hombre, no con un hombre ficticio acorde con nuestras ecuaciones, sino con el hombre tal y como es en la realidad, con sus oscilaciones entre el temor y la esperanza, su humor y sus pasiones, su oposición a las opiniones y a las determinaciones de las masas, su variación desde una conducta tranquila a un tedio sediento de novedades, su dependencia de los demás y de los hechos reales y con la imperfección de su conocimiento de estos “datos”. Quien quiera protegerse contra errores y equivocaciones al investigar los procesos económicos del futuro y, aun más, calcular este futuro, ha de tener siempre presente que la ciencia de la economía política que se ocupa de estos procesos es una ciencia del comportamiento humano dentro de un campo

¹⁵ *El futuro económico como ejemplo matemático*: Acerca de las espantosas experiencias llevadas a cabo en Inglaterra, se expresa detallada y desilusionadamente Ely Devons en “Statistics as a Basis for Policy”, *Lloyds Bank Review* (julio de 1954). Sobre los planificadores económicos ingleses dice un hombre de juicio tan condescendiente como es D. H. Robertson: “[...] *the extreme inaccuracy of their forecasts [...] would have had even more unfortunate consequences (than those of their Swedish colleagues), if the errors had not on several occasions providentially cancelled one another out*” (*The Business Cycle in the Postwar World*, publicación de E. Lundberg, Londres, 1955). Véase también, de L. von Mises, *Theory and History*, New Haven, 1957.

determinado y bajo determinadas circunstancias. Tan oportuna es ahora como siempre la sabiduría de Epicteto, que dijo que no son los hechos los que deciden en la vida social, sino las opiniones de los hombres sobre los hechos y hasta las opiniones sobre las opiniones, en tanto estas opiniones estén ligadas naturalmente también a hechos.

Ahora comprendemos mejor por qué hay gran escepticismo ante una forma principal de pensar, mediante la cual se exterioriza el pensamiento económico-mecánico centralista como instrumento de la política económica: el llamado *presupuesto nacional* o el *cálculo general político-económico*, que expresa estadísticamente el efecto conjunto de los cuantos totales (ingresos, consumo, ahorro, inversiones, ingresos y desembolsos gubernamentales, comercio exterior, etc.) durante un determinado espacio de tiempo, a fin de dar a la política económica una orientación para el futuro. Mientras no se trate de otra cosa que de una especie de "historia económica" estadística, que nos indica aproximadamente cómo se desarrollaron dichos cuantos el año anterior, no puede decirse, naturalmente, nada en contra de ello. Pero precisamente el ardor con que se defiende el provecho de tal cálculo político-económico, haría que se dedujese de aquí, aunque no se dijese además expresamente, que con él no se trata simplemente de satisfacer nuestra ansia de saber dentro del campo histórico-económico y estadístico.

Se declaran así las *exigencias de poder de los economócratas*, que abrigan el deseo de poder convertir el cálculo general político-económico en un instrumento para gobernar la circulación económica, subrayando la "exactitud" matemático-estadística de los resultados obtenidos, así como la posibilidad de calcular previamente la futura evolución. Hemos de estar alerta ante estas pretensiones. Bien estos cálculos no son sino otra forma de "calcular sin contar con los hombres", o sea apreciaciones que fracasan una y otra vez a causa de las inseguridades, con todos los peligros para una política económica que se oriente por ellos, o bien son una tentación constante a coaccionar planificadamente la obstinada realidad y a adaptarla después a los cálculos. En ambos casos no puede esperarse nada bueno del presupuesto nacional, y, por otra parte, la frontera existente entre la simple e inexacta orientación a través del cálculo general político-económico, por un lado, y su empleo para fines de planificación económica, por el otro, cada vez se hace más imperceptible.

El entusiasmo por este cálculo, tan en boga hoy, por la forma mecánico-centralista de pensar, desaparecería del todo si consideráramos que los países de política económica y monetaria más sana son aquellos que no tienen presupuesto nacional, mientras que los que han concedido gran importancia a este método son países enfermizos económicamente y presentan siempre una presión inflacionista extraordinariamente elevada (países escandinavos, Países Bajos, Gran Bretaña, Francia). La mejor intencionada interpretación de este estado de cosas sería sin duda decir que, evidentemente, los países citados en primer lugar pudieron prescindir de los presupuestos nacionales para adoptar adecuadamente las determinaciones político-económicas y político-monetarias, y los citados en segundo término no se han podido apartar de sus equivocadas determinaciones, a pesar del presupuesto nacional. Lo más probable es, sin duda, que el presupuesto nacional, como importante instrumento de la economocracia, se halle íntimamente ligado a los errores originados por ella.

Los fracasos de la forma mecánico-centralista de pensar, como instrumento de predicción, son tan numerosos y tan irrefutables que no podemos sino maravillarnos ante la ligereza con la que parecen ser aceptados por la ciencia responsable de los mismos, sin que ello vaya en menoscabo de su prestigio, al igual que hemos de maravillarnos también ante la falta de arrepentimiento de los adictos a esta forma de pensar. Aquí radica un problema que merece ser considerado. ¿Es verdad realmente, como ha dicho recientemente un economista inglés (el profesor Ely Devons, *Lloyd's Bank Review*, julio de 1954), que el papel de la estadística en nuestra sociedad tiene un gran parecido "con algunas funciones de la magia y de la adivinación dentro de las sociedades primitivas"? "La magia estadística es, como su primitivo antecedente, un misterio para el público, y como la antigua magia, no puede ser desenmascarada como falsa [...]. El oráculo nunca se equivoca; una equivocación no hace sino aumentar la fe en la magia. Sólo demuestra en forma concluyente que, cuando se procede erróneamente, el resultado que se obtiene es también erróneo. Esto es lo que ocurre también con las predicciones inexactas: raras veces desacreditan a la magia estadística. No hacen sino demostrar que las cifras de partida eran falsas, que el modelo empleado era inapropiado o que el estadístico se equivocó en su interpretación [...]. La próxima vez emplearemos mejores cifras o mejores modelos, mientras que

los profesionales de la estadística y los economócratas, por su parte, no volverán a caer, naturalmente, en los absurdos errores de interpretación en los que cayeron en 1944, 1945 y 1946. Estamos convencidos, acertada o erróneamente, que éste es el procedimiento científico, y seguiremos con él." Son duras palabras a través de las cuales percibimos todo el desencanto en que ha desembocado en Inglaterra esta investigación estadístico-econométrica y no podemos negar que encierra un fondo de verdad digno de la mayor consideración. Pero lo que me parece tener una importancia decisiva es que este procedimiento se siga poniendo en práctica con tal tenacidad, a pesar de tantos fracasos, por ser el instrumento imprescindible de la economocracia.

Nosotros sabemos que el método es equivocado y, como anti-centralistas, estamos persuadidos de que la finalidad a la que sirve es reprochable, por ser la de la centralista superorganización de la economía y de la sociedad que pospone al hombre. Si tenemos éxito en librarnos de esta forma mecánico-colectivista de pensar, apreciaremos entonces adecuadamente, entre otras cosas, *la oposición y la función del empresario*. Lo principal que hay que decir aquí a este respecto podemos expresarlo diciendo que el empresario puede ser comparado a un capitán, cuya labor principal es la continua navegación por el mar del mercado, a través de las incalculabilidades correspondientes a la naturaleza humana. Su función es la constante regulación de oferta y demanda, totalmente imprescindible para la marcha de la vida económica; la ensambladura de producción y consumo, que hay que perseguir una y otra vez. Puesto que, para realizar esta función, ha de contar con la constante inseguridad e incalculabilidad de los factores del mercado, su éxito variará según el grado en que ejerza su función de adaptación, a pesar de estas enormes dificultades. Se es empresario en la misma medida en que se ha aprendido a sopesar las probabilidades, organizando según ellas la producción y el consumo, y se tiene éxito como empresario en la misma cuantía en que se triunfa sobre la inseguridad de las futuras coyunturas del mercado.

Si decimos del empresario que es un navegante, con ello tratamos de expresar varias cosas. Una empresa que pretende tener éxito, así como cumplir en el mismo grado de este éxito con su función económico-social, en primer lugar ha de estar de cara al mercado y luchar una y otra vez con su inseguridad y su incalculabilidad. Ha de

estar mirando hacia fuera, hacia el mercado, mientras que la competencia entre las empresas es una constante lucha por el adelanto en el saber o por calcular mejor o por descubrir nuevas posibilidades de producción y consumo. Este adelanto le proporciona a aquella empresa que lo posee, por el espacio —a menudo bien corto— de su duración, una situación especial, que podría ser confundida con un monopolio si no estuviese amenazado este privilegio por las otras empresas que le van pisando los talones y que más pronto o más tarde anularán este adelanto. La posibilidad de este adelanto temporal, de este carácter dinámico de la competencia, es indispensable para estimular constantemente a los empresarios a cumplir con su misión de la mejor manera, constituyendo por ello una parte fundamental de la auténtica economía de mercado.¹⁶

Esto mismo puede decirse también si incluimos en la consideración los numerosos casos en que el empresario no acepta el mercado como cosa dada, sino que lo influye y, a veces, incluso lo crea y lo explota. Este influir, crear y explotar sólo lo conseguirá cuando exista una verdadera concordancia entre aquello que persigue el empresario como pionero, descubridor, organizador de producción o propagandista económico y de los deseos y reacciones del mercado, indefinidos aún, o sea de los deseos y reacciones del mercado, que aceptan aquí y rechazan allá. Siempre es el mercado, con su desconocida evolución, el que decide, mientras que la planificación del empresario ratifica o

¹⁶ *Carácter dinámico de la competencia*: Existe mucha confusión a este respecto, producida por algunas teorías modernas de una competencia "completa". No sólo han conducido a definir la competencia tan severamente con un perfeccionamiento teórico, que es preciso se cumplan ciertas condiciones, de las cuales se sabe de antemano que apenas si pueden presentarse en la realidad económica, y no sólo se ha acercado mucho este juego teórico a un pesimismo, que despiden en todas direcciones dentro de la economía de mercado, por decirlo así, una radiactividad monopolista, sino que en este modelo de competencia "completa" se elimina totalmente la esencia de la competencia como la de un proceso dinámico. Pero es precisamente este carácter de la competencia en el que se apoyan los argumentos en favor de la competencia y de la economía de mercado, que descansa sobre él. El concepto de competencia de modelo matemático abstracto ha de ser reemplazado por el concepto "activo" o "efectivo" (*workable*, J. M. Clark), que destaca como más fundamental para la competencia, la constante lucha por el favor de los consumidores. Véase, de J. M. Clark, "Toward a Concept of Workable Competition", *American Economic Review* (1940); F. A. Hayek, *Individualismus und wirtschaftliche Ordnung*, Erlenbach-Zurich, 1952; W. Röpke, Art. "Wettbewerb: Konkurrenzsystem", *Handwörterbuch der Sozialwissenschaften*.

desestima. El empresario, por mucho que trate de evitarlo, seguirá siendo el *servidor del mercado*, cuya obediencia será premiada y cuya desobediencia será castigada, mientras vivamos dentro de una auténtica economía de mercado, o sea, regida por la competencia. También puede decirse del “comerciante imperial”, que sólo podrá pretender ostentar este título honorífico mientras sea el “primer servidor” de su imperio, o sea del mercado. Rey despótico sólo podrá serlo en el grado en que un monopolio le permita olvidar su situación de servidor.

En esta función del empresario, como navegante por un mar siempre sorprendente, es donde hay que buscar el origen y la justificación del *beneficio del empresario*, beneficio “limpio” según la teoría económica. Representa desde siempre la más discutida categoría de los ingresos, por ser la menos comprendida, y esto en parte, no pequeña por cierto, por el hecho de que por regla general sólo se habla del beneficio del empresario, pero raras veces de su hermana gemela, la pérdida del empresario. Según el ya clásico libro de F. H. Knight, *Risk, Profits and Uncertainty* (1921), debería existir ya unanimidad respecto a que el beneficio y la pérdida del empresario se hallan íntimamente ligados a la incertidumbre fundamental de las futuras situaciones de la oferta y la demanda, y guardan relación con el éxito que alcanza el empresario en el cálculo de probabilidades que le compete y en la rápida adaptación a las variaciones de coyuntura del mercado. En un mundo de sueños, en el que se fijase como premisa la absoluta sabiduría de todos y de todo, podría no existir diferencia alguna en ningún sentido entre los precios de venta y los costes de producción (en el más amplio sentido), no existiendo así ni beneficio ni pérdida para el empresario.¹⁷

Sin embargo, el hecho de que el éxito en tantear lo desconocido esté ligado a un sistema tan rápido de premiar y castigar, tiene evidentemente un sentido profundo y positivo. Puesto que esta específica actividad del empresario trata de resolver una tarea no

¹⁷ *El no comprendido beneficio del empresario*: Norman Angell, el gran escritor inglés, nos ofrece a este respecto un acertado ejemplo en su autobiografía. Situado ante la alternativa de dirigir independientemente el periódico de París en donde trabajaba, convirtiéndose así en empresario, lo invadió un gran temor, puesto que lo oprimía la responsabilidad que suponía que la existencia de todos aquellos empleados dependería de él. Caso de que no lo acompañase el éxito, se lo disculparía, pero en el caso contrario no se le darían las gracias, no viéndose en él sino a un “explotador capitalista”.

sólo de inconmensurable importancia, sino asimismo de extraordinaria dificultad, que sólo queda reducida en las épocas patológicas de un inflacionista "mercado de vendedores" a la categoría de *amateur*, sigue siendo una navegación que requiere como premisa la experiencia, el carácter y el seguro instinto del experto capitán. Ni los manuales ni los cursillos de aprendizaje ni los profesionales de la estadística ni las máquinas electrónicas de calcular son capaces de reemplazar estas cualidades. Por esto necesitamos al empresario y con él una ordenación económica constituida de tal forma que lleve constantemente a cabo una selección de capitanes del mercado, según su mayor capacidad, y que garantice el impulso más eficaz para la consecución del más elevado rendimiento del empresario, así como el mayor cuidado en la adopción de sus determinaciones. El beneficio y la pérdida del empresario (cuya última etapa ha de ser la quiebra) comunican mancomunadamente este impulso, debiendo constituir una de nuestras mayores preocupaciones que no quede embotado en la gran empresa moderna con su intrincada maraña de derecho y organización.

Es una de las cosas más extrañas y nunca suficientemente esclarecidas, que todos nosotros, los que nos beneficiamos de esta ordenación como consumidores, sólo podemos ser convencidos difícilmente y con grandes esfuerzos, que no siempre tienen éxito, para que admitamos esto. Nos comportamos de tal forma como si hubiese sido inventado para alegría y beneficio de los empresarios, estando inclinados, pues, a tenerlos por los más naturales defensores de la libre economía de mercado. Resulta esto muy chocante por el hecho de que más bien debería parecer más natural lo contrario, esto es, que los empresarios se sintieran molestos de verse encasillados dentro del mercado. En cualquier caso, muchos empresarios producen la sensación de pensar esto, esforzándose por apartarse, como navegantes, del incierto y ancho mar del mercado. Pero si anulamos el mercado, reemplazándolo por una economía de mandato, e incluso si convertimos al mercado, mediante los diques de la economía planificada o del monopolio, en un pantano estancado, en tal caso no necesitamos al empresario para nada. El empresario que, como capitán mareado, quisiera verse libre del antojo y de los riesgos del mercado, y a quien le gustaría refugiarse en el puerto seguro de la economía planificada o de la seguridad garantizada por el estado o por los trusts, se convierte así en un ser superfluo.

Todo esto, como ya queda dicho, puede parecer muy natural y muy humano. No es preciso hacer pasar por sospechosos estos esfuerzos, pero tampoco podemos calificarlos ciertamente de gloriosos, y, en cualquier caso, son testigos de una cortedad de vista muy lamentable. Existe, sin embargo, otra forma de descontento, que se nota en los círculos de los empresarios, que es digna de nuestro mayor respeto, aunque a fin de cuentas puede carecer de fundamento. Se trata del *descontento de los empresarios* que protestan contra el hecho de que la teoría político-económica parece reservarles el papel de simples autómatas, habiendo de cumplir, para el bien general, con las funciones que les corresponden dentro de la competencia, calculando severamente su beneficio y sin existir una finalidad moral más elevada. El empresario puede darse por satisfecho fabricando zapatos lo más baratos y mejores que pueda; pagando los factores de producción, ante todo el trabajo, según su valor en el mercado, y si es un hombre sensato (o al menos lo suficientemente inteligente para serlo, como le aconseja la nueva doctrina de las *human relations*), podrá estar más que satisfecho; así o en forma análoga puede interpretarse esta idea, caricaturizándola un poco.

El hecho de que los empresarios se alcen en contra de este vacío moral y espiritual de su existencia, no sólo es natural, sino honroso y consolador también. El simple debe y haber no puede llenar su existencia íntima, a pesar de que no deba ser menospreciado el honrado desempeño de una tarea de responsabilidad. Pero es un error creer que nuestra ordenación económica exige del empresario este vacío. Sobre el carácter y motivos de este error no es preciso que nos ocupemos detalladamente ahora. Queremos resaltar, sin embargo, un hecho: sólo puede creerse en tal vacío, partiendo del error de conceptuar la vida económica como un proceso mecánico. Una deshumanización del concepto económico teórico ha de encerrar en sí la correspondiente desvalorización humana del empresario —al igual que la de todos los demás grupos de la economía, naturalmente—. *A la física de la economía hay que oponer su psicología, su moral, su espíritu; en una palabra, su carácter humano.*

Pero este carácter humano tiene otro sentido muy especial que corta el paso a todo centralismo y a todo pensamiento económico mecánico, mostrándonos el error del “cálculo sin contar con los hombres” bajo un aspecto nuevo y que puede observarse hoy a cada momento. Dejemos ahora a un lado el elevado camino de la filosofía

y conformémonos con la vereda del sensato entendimiento práctico. Ya hemos dicho qué significa la centralización para lo más elevado del hombre: su alma, su libertad, su sociedad y su determinación. Pero ahora nos preguntamos: ¿Dónde están los hombres, sobre todo los dirigentes, que puedan llevar la carga de la centralización y soportarla bien? ¿La centralización no tropieza con fronteras de gran solidez física, fronteras que cada vez surgen con mayor claridad y que no sólo convierten en reprochable el principio de la centralización, sino incluso en sencillamente antiprático?

Hallamos con ello a los centralistas en la esfera de lo práctico, desde donde acostumbran mirarnos despectivamente a nosotros los soñadores y a los que consideramos románticamente el destino humano. Nosotros los soñadores y los románticos no dejamos en absoluto que se nos impongan la superorganización, la centralización, las empresas y las máquinas gigantescas, las enormes ciudades y los planes titánicos. Recordamos, en cambio, lo que dijo Montaigne: que aunque andemos apoyándonos en los zancos más altos, seguimos haciéndolo con nuestras piernas, y aunque estemos en el trono más elevado, estaremos sentados sobre nuestras posaderas. Preguntamos sencillamente si todas aquellas cosas que tanto se ensalzan no hallan su impedimento precisamente en que establecen como premisa la existencia de un número suficiente de hombres dotados de las necesarias cualidades espirituales y corporales, así como una serie de exigencias en cuanto a su cerebro, su corazón, su estómago o su hígado; dicho en pocas palabras: hombres cuya fortaleza espiritual y física sólo alcanza hasta *aquí*, y no más allá. He aquí el eslabón más débil de toda la cadena, y esta debilidad hay que sufrirla con humildad y modestia. Graves neurosis, infartos cardíacos y úlceras de estómago son argumentos irrefutables contra cualquier centralismo.

Henos aquí ante una idea que ya hemos desarrollado. Hemos hablado del exceso de injerencias estatales que pesan hoy cada vez más sobre la economía de mercado, incluso en los países que constituyen un ejemplo de ella. Pero al hablar de las consecuencias más visibles de este "sistema de mezcolanza", no mencionamos lo más fundamental. Radica, como siempre, en lo inconmensurable y en lo imponderable, no haciendo sino acrecentar el peligro en una época que ha perdido la sensibilidad en la medida en que la nuestra lo ha hecho. Se nos dice que, bien mirado, hemos resistido perfectamente el censurado "exceso de injerencias estatales"; que no les va tan mal

la cosa a los alemanes, ni tampoco a los noruegos ni a los ingleses, que pueden comprar libremente cualquier cosa que pueda apetecer normalmente un hombre. Suena también a algo tranquilizador destacar la extraordinaria elasticidad de la economía de mercado en adaptarse a las injerencias estatales y en vencer las dificultades originadas por ellas, así como su robustez, su ductilidad y su estómago de avestruz, pero nosotros sabemos, naturalmente, cuán ilusorio es todo esto.

Dejando a un lado todo lo que ya subrayamos antes, ¿quién mide la suma de excitación nerviosa, de pérdida de tiempo y esfuerzo que requiere la guerra de dos frentes, del mercado y de los organismos estatales, de las noches que hay que pasar pensando en los formularios, las discusiones, los viajes inútiles, los disgustos, las ofensas que trae consigo la “insolencia de los organismos”? La competencia que existe dentro de la economía de mercado es suficientemente agotadora de por sí, pero si hay que contar además constantemente con los organismos estatales, con sus mandatos y sus prohibiciones; si es preciso romperse además la cabeza ininterrumpidamente pensando cómo puede ser gobernado el barco de la empresa, no sólo a través del torbellino del mercado, sino a través también de los escollos artificiales del direccionismo y de la política financiera, ¿cuánto tiempo será capaz de soportar esta doble tributación el hombre completo, con su limitada fuerza? La tan célebre elasticidad del mercado no es fundamentalmente sino la del mismo hombre, sobre cuyas espaldas recae la responsabilidad; la robustez de la economía de mercado es, considerada con exactitud, la del cuerpo y la de todos los nervios que han de soportar la doble carga del mercado y de los organismos estatales; el “estómago de avestruz” de la economía de mercado equivale en realidad al estómago, al corazón y a los órganos de los que soportan este sistema general supercentralizado y superorganizado, y es en las consultas de los especialistas del corazón, del estómago y de los nervios, donde puede hallarse el verdadero equilibrio del sistema. ¿Quién es capaz de medir la suma de felicidad, satisfacción, bienestar, sentimiento elemental de libertad que es destruido aquí día a día y hora a hora? Cuanto más agreguemos a la economía de mercado las injerencias de todo orden, tanto más se elevará el manómetro de la coacción y tanto más estrecho será el espacio de la libertad. Lo que diferencia al partidario y al adversario del centralismo es el hecho de que el primero acepta con muchísimo mayor facilidad que el otro el aumento de la coacción.

Aquellos que llevan las riendas en nuestro mundo mortalmente aquejado de la concentración –los políticos, los dirigentes de la economía, los redactores jefes, etc.– han de llevar a cabo una tarea fuera del alcance de la naturaleza humana, y esta constante sobrecarga se transmite ininterrumpidamente a otras esferas, hasta el acorralado maestro en un oficio y los de su categoría, convirtiéndose así en la maldición de nuestra era. Doble maldición, porque a estos hombres, que sólo pueden desarrollar su labor a costa de la amenaza de una angina de pecho, les falta el tiempo para el concienzudo raciocinio o para la meditación de un libro. Pero con ello se ve amenazada al máximo la dirección de la cultura. ¿Quién puede imaginarse hoy en día la época del joven Pitt, en la que, como él dice, el tesorero de Inglaterra no necesitaba un secretario privado, porque el volumen de trabajo no lo justificaba? ¿O de la forma de vivir de Alexander von Humboldt, quien, como narraba a mediados de siglo, podía escribir por sí mismo su correspondencia anual de unas tres mil cartas y seguir siendo, a pesar de esto, uno de los más preclaros genios de su época y vivir hasta los noventa años?¹⁸

No tratamos de averiguar nada acerca de la felicidad que aquí está en juego. Esto se comprende por sí mismo. Sólo hemos de decir una cosa: nuestra cultura centralista, que cada vez se ha apartado más del hombre y de su medida, ha alcanzado ya un punto en que hasta su simple funcionamiento está en juego.

¹⁸ *La carga de los negocios, ayer y hoy*. Lo relatado acerca de Pitt está tomado de W. Bagehot, *Biographical Studies*, p. 131, Londres, 1881; lo referente a Alexander von Humboldt, de la obra *Briefwechsel und Gespräche Alexander von Humboldts mit einem jungen Freunde*, p. 137, Berlín, 1861.